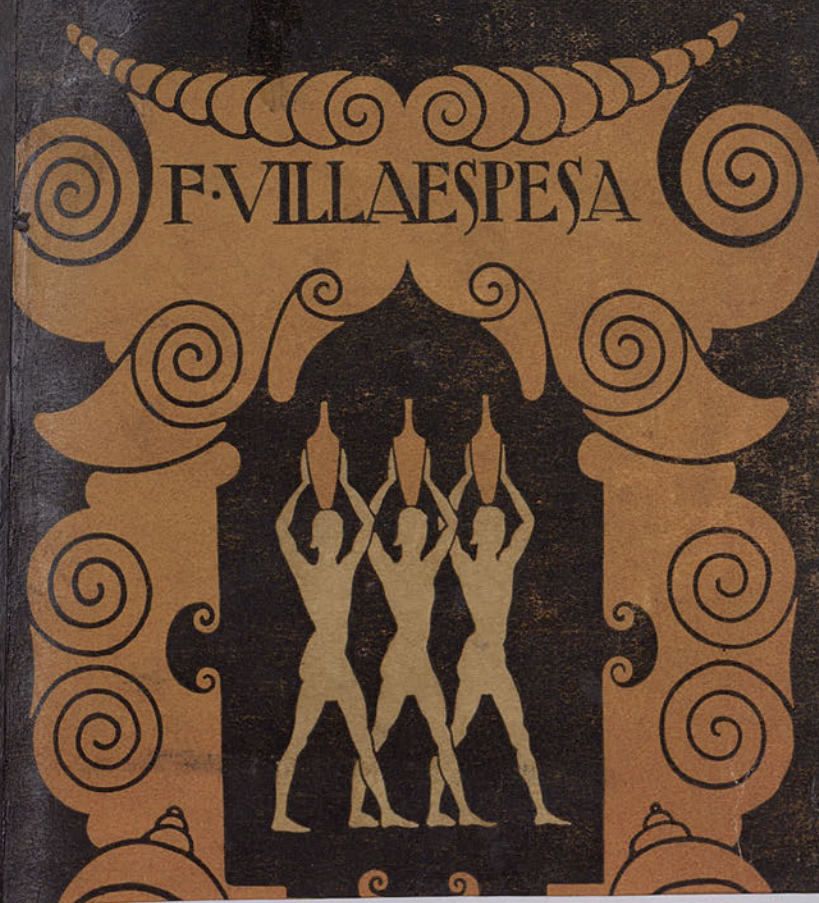
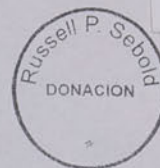




VASOS DE ARCILLA
F. VILLAESPESA



DRPS
FA
988

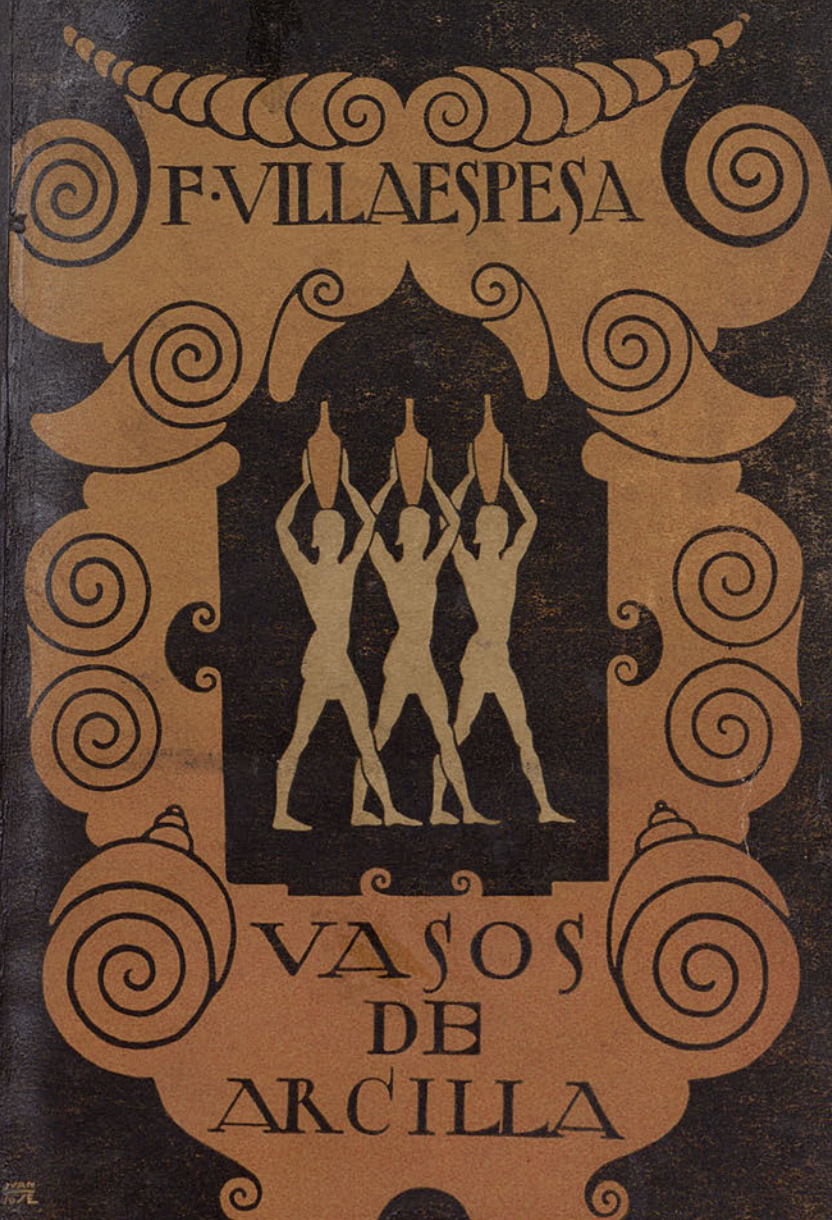




Precio: 5 ptas.

Imp. y Talleres de Fotografía
Sucesores de Rivedensyra (S)

Francisco Villaespesa VASOS DE ARCILLA



LIBRERÍA Y EDITORIAL "MADRID" (S.A.)

Biblioteca de
RUSSELL P. SEBOLD

VASOS DE ARCILLA

FL DRPS FA/0788

0500770472

ESCRITORES CONTEMPORANEOS

CINCO PESETAS EL EJEMPLAR EN RÚSTICA

Publicados:

NOVELISTAS ESPAÑOLES

- ADOLFO BOTÍN POLANCO.—*Cosmópolis, la chica.*
CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE).—*Los espirituidos.*
ANTONIO CASES.—*El buque anclado.*
ALEJANDRO LARRUBIERA.—*El amor en peligro.*
JUAN LÓPEZ NÚÑEZ.—*El niño de las monjas.*
JOSÉ MÁS.—*El «rastrero».*
JOSÉ M. MATHEU.—*Los tres dioses y otras narraciones.*
MATILDE MUÑOZ.—*La playa de Afrodita (San Sebastián estival).*
EDUARDO ORTEGA Y GASSET.—*Annual. Relato de un soldado e impresiones de un cronista. (Ilustrada.)*
VÍCTOR RUIZ ALBÉNIZ.—*¡Kelb Rumi!* La novela de un prisionero de los rifeños en 1921.
JOSÉ M. SALAVERRÍA.—*El Rey Nicéforo.*
JOSÉ TORAL.—*Flor de pecado: Un regenerador.* Episodio suelto de la vida de una cortesana.
— *Horas sentimentales. (Flor de pecado.)* Episodio suelto de la vida de una cortesana.
— *El ajusticiado.* (Novela.)

NOVELISTAS FRANCESES

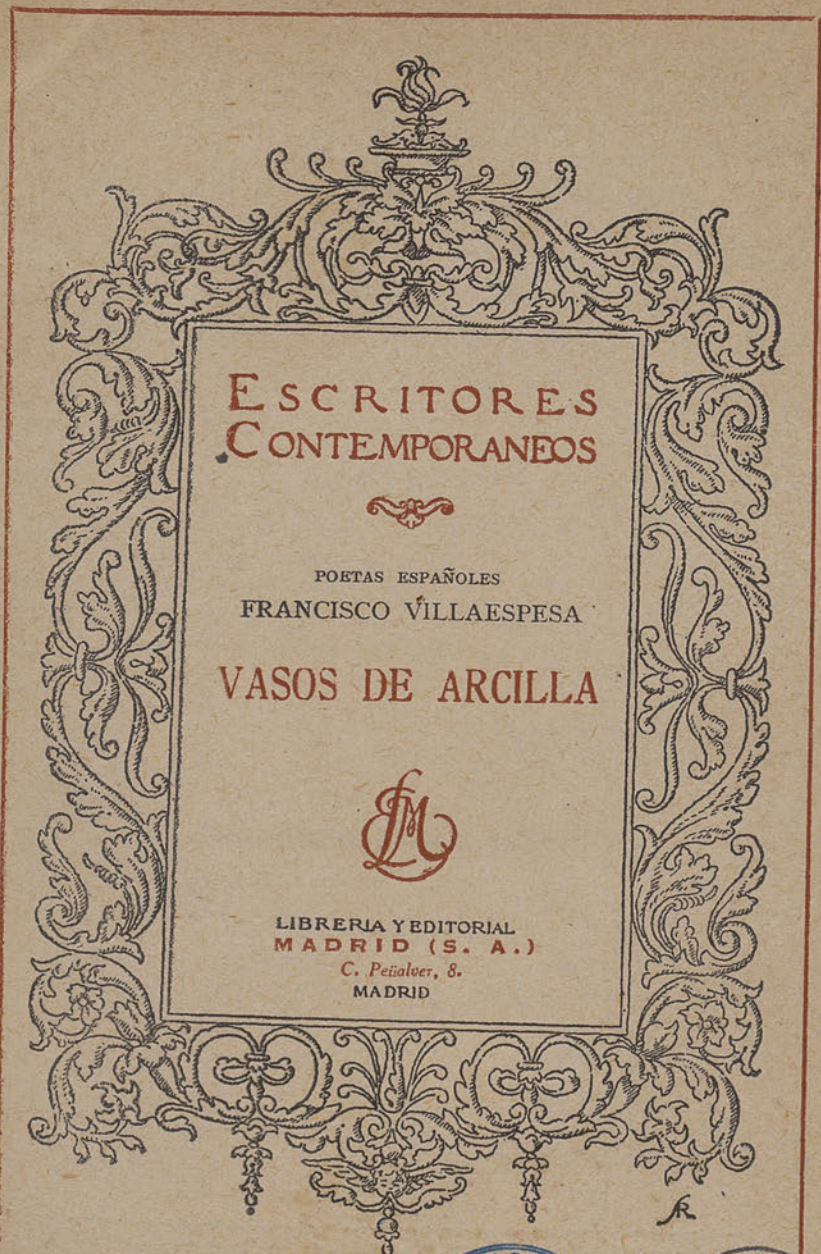
- LUIS HEMON.—*Maria Chapdelaine.*
PABLO MARGUERITTE.—*La flaqueza humana.*
FRANCISCO DE MIOMANDRE.—*Las huronas.*
RACHILDE.—*El ratoncito japonés.*
ELISSA RHAIS.—*Saada la marroquí.*

NOVELISTAS RUSOS

- ANDREIEV.—*El diario de Satán.*
TOLSTOY.—*El príncipe Serebriany.*

NOVELISTAS POLACOS

- ENRIQUE SIENKIEWICZ.—*El campo de la gloria.* (Novela.)



UNIVERSITAT D'ALACANT
UNIVERSIDAD DE ALICANTE
BIBLIOTECA
Nº COPIA.....

Es propiedad del autor.
Copyright by F. Villaspesa, 1924.

Sucesores de Rivadeneyra (S. A.).—Paseo de San Vicente, 20.—MADRID

Alcarría

ESMALTES Y MINIATURAS

I

LIMOSNITAS DE ORO

Junto a la tarde mimosa,
que secaba en un postigo
su bata de seda rosa,
era el villorrio un mendigo

que, con sus barbas de trigo
y con su capa haraposa,
pordioseaba al abrigo
de una higuera polvorosa...

Y en tintinar sonoro,
abriendo su limosnero,
arrojaba la campana

sus moneditas de oro
sobre el sórdido sombrero
de la miseria aldeana.

II

EL SANTO LABRADOR

Cuando repicar oía
San Isidro, emocionado,
la yunta desatendía,
y dejando abandonado

en los surcos el arado,
los loores de María
a rezar, arrodillado,
bajo un árbol se ponía...

Mientras San Isidro oraba,
un ángel resplandeciente
la torda yunta aguijaba,

y otro, siguiendo sus huellas,
en los surcos, cual simientes,
iba derramando estrellas...

III

EN LOS PARQUES PROVINCIANOS

Seremos ya muy ancianos,
arrugaditos y quietos,
cejas y cabellos canos...
Y a tomar sol, nuestros nietos

nos llevarán de las manos,
a algún banco, entre los setos
floridos de los discretos
jardincillos provincianos...

Y yo te diré algún día
lo mucho que te quería...
Y quizá mi nietezuelo

pregunte a tu nietezuela:
—¿Por qué llorará tu abuela
abrazadita a mi abuelo?...

IV

PAZ ALDEANA

Plegando el oro del ala,
un rayo de sol se apresta
a evadirse de la sala...
En medio de la floresta,

con su vestido de gala
y su delantal de fiesta,
igual que una colegiala
la casa duerme la siesta...

La tarde es como una anciana
que en la paz de la solana
hila lo azul de su lino,

y el silencio es un lebrele
que sigue el vuelo de un trino
con sus pupilas de miel.

V

LAS FLORES DE MAYO

Azucenas y azahares...
Novicias y desposadas
que palidecen postradas
comulgando en los altares...

Rosaritos y collares
de campanillas nevadas,
que engarzan sus alboradas
en la espuma de los mares...

Lirios, rosas y jazmines,
que la pureza les presta
ropajes de serafines...

¡De rodillas, alma mía,
que mi corazón, en fiesta,
celebra el Mes de María!...

VI

NUBES DE PRIMAVERA

Al disipar los celajes
sus húmedos desconsuelos,
surgen entre los encajes
desgarrados de sus velos,

más alegres los paisajes
y más azules los cielos...
Joyeles son los ramajes
y los musgos, terciopelos...

En su cáliz cada rosa
de perlas muestra un tesoro,
y la brisa silenciosa,

con su pañuelo de seda,
enjuga el llanto de oro
que derrama en la arboleda...

VII

MAÑANA DE MAYO

La mañanita camina
descalza por los caminos,
con su risa cristalina
perlando el aire de trinos...

Despierta a la golondrina,
peina el verdor de los pinos
y hace más blanca la harina
y perfuma los molinos...

¡Mañana!... Rubia aldeana
que adormeces desengaños
con tu rostro de manzana

y tus labios de rubí...
¡quién tuviera veinte años
para enamorarte a ti!

VIII

EL ALMA LOCA

—¿Dónde vas tan presurosa,
alma mía, arrebuja
en la leyenda amorosa
de tu capa colorada?...

—¡Corazón, no digas nada!...
me ha dicho una mariposa
que me está esperando un Hada
en el cáliz de la rosa!...

—Por la vereda vacía,
¿dónde vuelas, alma mía?...
—¡Corazón, los labios sella!...

En la cima de una nube
me ha dado cita un querube
para entregarme una estrella...

IX

EL HUÉSPED INGRATO

Con sus manitas de cera
pidió a mi puerta posada,
haraposa y desgredada
como una pordiosera...

Comió; bebió; en una hoguera
calentó su carne helada,
y le presté mi almohada
para que en ella durmiera...

Al despertar, a otro día,
hallé mi casa vacía,
sin un abrigo mi lecho,

descerrajado el portón...
¡Y en vano aun me palpo el pecho
buscándome el corazón!

X

PLENILUNIO MARINO

Dejan las brisas un leve
temblor en los masteleros...
El mar, de plata y de nieve,
agobiado de luceros,

parece que no se mueve...
Fulgen mágicos senderos,
y en cielo y en mar se bebe
blancuras de jazmineros...

Y en lírico desvarío,
por la estela del navío
vuela el alma cual por una

inmensa senda de plata
a entonar su serenata
de imposibles a la Luna...

XI

SANTA CECILIA

En sus ojos soñadores
flotan éxtasis divinos;
de sus labios brotan flores,
y bajo sus dedos finos,

para loar sus amores,
el órgano estalla en trinos
y en arpegios cristalinos
de celestes ruiseñores...

Y mientras ella, extasiada,
vierte el alma perfumada
en el sonoro marfil,

de la santa melodía
vuelve la Virgen María
las hojas sobre el atril...

XII

LA CASITA ENCANTADA

Casi al pie de una colina,
entre la verde espesura,
más que verse se adivina
de una casa la blancura...

Sombra le presta una encina;
la arrulla una fuente pura;
el jazmín y la glicina
la perfuman de ternura...

En la tarde azul y rosa
resplandece la arboleda
con su divino blancor...

¡Qué casita tan hermosa!...
¡Lástima que en ella pueda
entrar también el dolor!

XIII

LA TRISTEZA DEL CAMINO

—¿Qué te dió la Tierra? —Abrojos,
y angustias, y vanidades...
¡A mi corazón, saudades,
y lágrimas a mis ojos!...

—¿Qué te ha dado el mar? —Antojos
de imposibles ansiedades...
¡Tempestades y despojos,
despojos y tempestades!...

En vano, sin derrotero,
como un pálido mendigo,
cruzaste tierras y mar...

¡Reposa, pobre romero!...
Lo que buscas va contigo...,
¡y nunca lo has de encontrar!

XIV

CROMO

Luz cenital; paz de aldea...
 Bajo un frondoso castaño
 como empolvada blanquea
 la pereza de un rebaño

que amodorrado sestea...
 Un mastín ocre y huraño
 junto a una fuente olfatea
 la plata viva del caño...

Y un pastor y una pastora,
 bajo un haya protectora,
 se abrazan y besan como

en los éxtasis supremos...
 ¿Tú y yo por qué no seremos
 los pastores de ese cromo?...

XV

ACUARELA ROMÁNTICA

Parque inglés, en Primavera...
 Todo muy limpio y cuidado,
 simétrico y recortado
 como a punta de tijera...

Una musgosa escalera,
 un estanque sosegado
 y un cenador perfumado
 por florida enredadera...

Un banco de mármol blanco
 entre flores... ¡Lindo banco
 para soñar, con la frente

apoyada entre las manos,
 con los éxtasis lejanos
 de un amor adolescente!...

XVI

LA DAMA AMARILLA

Sobre un sitial toledano,
con el codo en la rodilla
y la pálida mejilla
en la palma de la mano,

curvo el busto soberano,
y en su túnica amarilla
su negra cabeza humilla
la fiereza de un alano...

Suelta el áurea cabellera
y la pupila entornada,
parece que oye y espera...

Y tras un tapiz se advierte
fosforecer la mirada
en las cuencas de la Muerte...

XVII

CIRIO VOTIVO

Mayo llama a tu ventana
con su más dulce canción...
De púrpura se engalana
el rósal de tu balcón...

Toca a gloria la campana
como en la Resurrección...
Ya florece la mañana...
¡Despiértate, corazón!...

En los cristales del río
date un baño de rocío,
y con honda devoción,

como un cirio, tu poesía
más pura, lleva a María
de primera comunión.

XVIII

PALOMITA BLANCA

Esbelta, fina y ligera,
 más blanca que el azahar,
 con su aire de Primavera
 y su sumiso mirar,

y con aquella manera
 tan suave de arrullar,
 la blanca paloma era
 orgullo del palomar...

Herida por un milano
 fué a caer en la espesura
 sobre un limonero en flor...

Y entre el temblor de mi mano
 se desangró su blancura,
 perfumándose de amor.

XIX

PARA TI

Para todas las hermosas,
 para todos los cariños,
 mis versos tuvieron rosas
 con que adornar sus corpiños.

Versos como mariposas
 que dejaron los aliños
 de sus alas temblorosas
 en las manos de los niños...

El rosal de mis amores
 para todas tuvo flores...
 ¡Oh, amor que de penas vive

sólo espinas hallarás!...
 ¡El verso que no se escribe
 es el que se siente más!...

CANCIONES DE ADOLESCENCIA

I

—La mañana, la mañana
va entonando su canción...
Dime, hermana,
¿qué te dice la mañana
que de rosas se engalana
el abril de tu balcón?...
—¡Toca a gloria una campana
dentro de mi corazón!...

—La argentina golondrina
perla el aire de frescor...
¿Qué te dice, cuando trina,
la argentina golondrina,
que tu rostro se ilumina
y empurpura su blancor?...
—¡Que se acerca la divina
mensajera del amor!

II

Blanca rosa, mensajera
de la alegre Primavera,
Si perfumas su corpiño
o su negra cabellera,
háblale de mi cariño,
¡blanca rosa, mensajera
de la alegre Primavera!...

Clara estrella, portadora
de un mensaje de la aurora,
si besas su blanca frente,
dile que por ella llora
mi vida, como una fuente,
¡clara estrella, portadora
de un mensaje de la aurora!...

LAS PRIMERAS ESFINGES

I

INTERROGACIONES

—¿Y mi corazón?... —¡Tu ayer
ha cavado tantas fosas!...

—¿Y mi alma?... —¡Tu mañana
la está amortajando en sombras!...

—¿No hay esperanzas?... —¡En los mares,
con las blancas alas rotas,
agoniza entre la espuma,
igual que una gaviota!...

—¿Y Dios?... —¡Hecho de igual barro,
plasmado en la misma forma,
lo mismo que tú preguntas
a sí mismo se interroga!...

II

CÍRCULOS DE SOMBRA

En los círculos del Tiempo
no hay ayer, hoy ni mañana;
minutos y eternidades
con igual rapidez pasan,
¡y el hombre, en medio del círculo,
con las pupilas vendadas,
escucha girar la rueda,
sin ver nada!...

III

ETERNIDAD

¡El dolor infinito
de vivir..., y sufrir
el dolor de vivir,
sin proferir un grito!...

¡Sangrar como un precito,
y de terror sentir
bajo el Angel Maldito
nuestra nuca crujir!...

Y luego despertar,
y volver a dormir,
y volver a soñar,
y volver a sufrir,
¡y temer y esperar
lo que no ha de venir!...

IV

EL ÉXODO

¡Y mi alma, ciega de llorar,
y mi carne, leprosa de amar,
todo, todo dentro de mí está podrido!...
¡Jamás he de hallar,
ni en cielos, ni en tierra, ni en mar,
un poco de tregua o un poco de olvido!...

¡Ay, toda mi vida he de ser poeta!...
¡Caminar a solas, buscando una meta
en cada sendero,
sin hallar ninguno
que me ofrezca un laurel o una palma,
siendo hasta en mi propia patria un extranjero,
en mi misma casa un inoportuno
y un advenedizo dentro de mi alma!...

V

EN LA CAVERNA

Entro en las cavernas de mi alma, y veo
un niño dormido en una guarida
de insomnes leones... ¡Tal duerme mi vida
junto a las hambrientas fauces del Deseo!...

VI

LIMOSNAS

En mis hondas penas, entre mis recuerdos,
fulgura la santa piedad de tus ojos,
¡como dos moneditas de plata
en el fondo salobre de un pozo!...

VII

LAS TRES ESPERANZAS

—Tú, ¿qué aguardas? —¡Un perfume
que me ha prometido un lirio!...

—¿Y tú?... —¡La luz de una estrella
que ya se ha puesto en camino!...

—¿Y tú?... —¡Hace siglos que estoy
esperándome a mí mismo!

MEDALLONES LIRICOS

I

DOLORES BOLIO

Por la paz de románticos paisajes,
a compás de suaves violoncelos,
Amor cruza entre sedas y entre encajes,
¡y sostienen el iris de sus velos

puros ensueños, como rubios pajes!...
En todo suavidad... ¡Hasta los celos
recatan su dolor bajo ropajes
de los más silenciosos terciopelos!...

¡La divina emoción de algo inefable
en música y perfumes se deslíe!...
¡Y en el espejo de este libro amable,

que con la luz del cielo se zafra,
junto a un labio muy dulce que sonríe,
hay un alma muy triste que suspira!

II

FRANCISCA RUVIRA DE OJEDA

Retóricas de pájaro enjaulado
no pidáis a este libro, humilde y puro...
¡Ramo de hiedra que tapiza un muro,
fuente de aljófar que fecunda un prado!

¡Encaje de ilusiones que ha bordado
en las penumbras del vivir obscuro
una mano nostálgica, al conjuro
de algo que soñó hallar y que no ha hallado!

En la paz de estos versos ideales
el amor y el dolor celebran bodas,
¡y un alma de mujer incomprendida

nos extiende sus brazos maternos
para curar en su regazo todas
las profundas tristezas de la vida!

III

AURELIO VELÁZQUEZ

Como encantado con la melodía
de un milagroso ruiseñor lejano.
por la vida atraviesas, de la mano
de tu hermanita la melancolía.

Si el ruiseñor suspende su armonía,
gimes con humildad de franciscano:
—¡Sigue cantando, ruiseñor hermano,
que fiorecen las rosas todavía!

Sé fiel a esa canción, y sus dispersos
ecos traduce siempre en la sonora
suavidad fugitiva de tus versos,

¡pues ese ruiseñor es tu alma herida,
que en los cipreses del recuerdo llora
todos los sueños muertos de tu vida!

IV

FILIBERTO BURGOS

¡Anheló juvenil de apurar vasos,
rasgar cendales, desnudar doncellas,
uncir quimeras, desbravar pegazos,
segar laureles y cazar estrellas!

¡Sin temer contingencias ni fracasos,
ciega el alma por tantas cosas bellas,
se camina, sin ver que nuestros pasos
de otro paso anterior siguen las huellas!...

¡Blancas, primaverales floraciones
sin método y sin poda, y luego, tantas
tórtolas, tantos sueños, tantas fuentes!...

¡Cómo envidio, poeta, tus canciones!
¡No la gárrula voz con que las cantas,
sino la ingenuidad con que las sientes!

V

LUIS ROMERO

¡Como Artagnan, el bravo mosquetero,
ostenta con orgullo este poeta
espada de labrada cazoleta
y un penacho de ensueño en el sombrero!...

¡Su áurea espuela de noble caballero
al salvaje corcel doma y sujeta,
y siempre tiene, si el dolor le reta,
ágil la mano y rápido el acero!...

¡Su ardiente madrigal es una rosa
ebria de juventud y primavera,
y al pie de alguna gótica ventana,

por recoger el guante de una hermosa,
con el propio Tenorio se batiera
en una callejuela sevillana!...

VI

ANTONIO MEDIZ BOLIO

Pirata tropical, en tus galeras,
cual líricos botines, atesoras
los diamantes de todas las quimeras
y las perlas de todas las auroras.

¡Bajo el hechizo de sus cabelleras,
brindan las Musas a tus regias horas
todas las flores de sus primaveras
con sumisiones de cautivas moras!

Con firme mano y castellano brío,
emproras en las sombras tu navío...
¡Otros bajeles seguirán tus huellas,

pues tu insaciable espíritu de artista,
ya que no tierras vírgenes, conquista
en el lírico azul nuevas estrellas!

VII

GUSTAVO SOLANO

Para la gloria y el amor te embarcas,
desplegados al viento tus pendones,
en una carabela de ilusiones,
soñando en las quiméricas comarcas

donde el fausto oriental de los monarcas
de las viejas y heroicas tradiciones
enciende como un sueño de leones
en el azul de tus pupilas zarcas.

Su laurel máspreciado y refulgente
la gloria eterna ceñirá a tu frente
al volver, orgulloso, del profundo

misterio que explorar sueña tu intento,
¡que descubrir un nuevo pensamiento
es mucho más que descubrir un mundo!

VIII

IGNACIO MEDELLÍN

Este buen Medellín, a quien llaman *el Mago*
por el misterio irónico en que se envuelve, tiene
engarzada en sus áureas pupilas de Selene
la esmeralda lunática de un ensueño muy vago.

A veces se arremansa hasta formar un lago,
y corales y perlas en su interior contiene;
y en otras, mar idómito, sin sol que lo refrene,
se encrespa en tenebrosas tempestades de estrago.

Oculto en lo profundo de su espíritu una
perla de oro montada en un rayo de luna...
De la inquietud se burla y del dolor se mofa,

y, ebrio de los perfumes de una invisible flor,
la vida entera diese por una bella estrofa,
¡y la estrofa más bella, por un beso de amor!...

IX

A WALDEMARO G. CANTÓN

Abandona, poeta, las humanas colmenas,
y en tu retiro sacro, como quien cumple un rito,
con el hierro oxidado de tus viejas cadenas
forja la nueva imagen de tu ideal bendito.

No escuches el amante gemir de las sirenas,
ni espantes al silencio dormido con tu grito...
¡El poeta es un barco sobre este mar de penas,
con el blanco velamen tendido al infinito!...

Sé generoso, altivo, dominador y fuerte,
para que en el augusto hierro de tus estrofas
se melle la agresiva corrupción de la Muerte...

¡Como un indigno harapo tu pesimismo olvida,
y a los viles ultrajes y a las villanas mofas
responde con un himno magnífico a la Vida!

ORIENTAL

Más que ese traje sombrío
de altiva dama cristiana,
tu languidez de sultana
pide para su atavío
el prestigio iridiscente
y las pompas imperiales
de las sedas, de los chales
y de los velos de Oriente.

¡Y en lugar de esa mansión
de un lujo tan actual,
reclama la ostentación
de tu belleza oriental
el fasto afulgranado
de encantamiento que alhaja
la fábula del dorado
Mirador de Lindaraja!

¡Oh, negros ojos ardientes,
por cuya altiva mirada
hubieran roto su espada
mis gloriosos ascendientes,

aquellos nobles galanes
 que atravesaron ufanos
 los desiertos africanos
 en sus raudos alazanes,
 para labrar su morada,
 cual joyel de maravilla,
 en los huertos de Sevilla
 y en las vegas de Granada,
 y que, al par, en sus pasiones
 fueron amantes y fieros...;
 para la guerra leones,
 y para el amor, corderos!

¡Si en aquella época hubieras
 embalsamado la brisa
 con tus frescas primaveras,
 para obtener tu sonrisa
 y hacer de tus gustos leyes,
 Almanzor, ante tus plantas
 trajera, por las gargantas
 encadenados, cien reyes!...

¡Para alumbrar el florido
 misterio de tus jardines,
 tu baño y tus camarines,
 también hubiese traído,
 en su amorosa ansiedad,

las campanas musicales
 de todas las catedrales
 que tiene la cristiandad!...

¡Y Abderramán, por beber
 la embriaguez de tus suspiros,
 mandara al punto tejer
 con perlas y con zafiros,
 con topacios y rubíes,
 con aljófares y flores,
 alcázar cuyos primores
 envidiasen las huríes!
 ¡Y en tu honor también alzara,
 para tus esparcimientos,
 una ciudad de portentos
 como Medina Zahara!...

¡Y Almotamid, el cantor
 más dulce y apasionado
 de la gloria y del amor,
 también hubiese loado
 el perfume de violeta
 de tu juventud florida
 en la más bella Kasida
 de la lengua del Profeta!...

¡Oh! ¡Si a mi negro destino
 un hada brindar pudiera

la lámpara de Aladino,
yo a tu belleza ofreciera,
en un alarde bizarro
de suntuosidad, más oro
que arrastra, claro y sonoro,
en sus arenas el Darro!...

¡Con las luces siderales
y el resplandor de la Luna,
para tu frente moruna
tejiera cien almaizales,
tan livianos y ligeros
cual la brisa que desata
las campanillas de plata
de los blancos jazmineros!

¡Ahorcas y brazaletes,
pectorales y cintillos,
largos collares y aretes,
pulseras, cintas y anillos,
que envolviesen tus primores
como en fúlgidos poemas
en un triunfo de fulgores
y en un incendio de gemas,
para que sobre el sonoro
mosaico del pavimento
tu más leve movimiento
fuese música de oro!...

Mas ya que no tengo nada,
y que brindarte no puedo
ni un cigarral en Toledo
ni un alcázar en Granada,
deja que mi fantasía
teja, en su lírico empeño,
entre cármes de ensueño
alhambras de pedrería,
para que en sus camarines
de encajes y filigrana
se adormezca entre cojines
tu languidez de sultana,
paladeando las mieles
embriagantes y olorosas
de los nardos y las rosas,
el jazmín y los claveles,
sitiendo bajo tu mano,
blanca como una azucena,
encrespase la melena
de algún león africano,
y escuchando los dolientes
deshojamientos de amores
que lloran los surtidores
sobre el mármol de las fuentes,
mientras, cual negros guardianes,
mis versos velan la entrada,
desnuda la hoja acerada

FRANCISCO VILLAESPESA

de sus curvos yataganes,
¡y, para darte el perfume
de sus cantos más sinceros,
mi corazón se consume
en tus áureos pebeteros!...

MARMOLES

I

ESCULTURA

Tu busto formó Dios de gracias pleno,
y la curva creó para que fuera
suavidad de ilusión en tu cadera
y madurez de pomas en tu seno.

Tu regazo ideal es huerto ameno
donde, en una embriaguez de primavera,
palidece el amor, cual si estuviera
ahito a la par de miel y de veneno.

Para copiar la célica armonía
que en tu cuerpo de diosa rimó el Cielo,
es blando el mármol, y la mano ruda...

¿Mármoles y cinceles?... ¡Bastaría
para hacerte inmortal rasgar tu velo,
y aparecer, como Friné, desnuda!

II

EL JUSTO

Al divino conjuro de sus preces,
su juventud cobraron los ancianos,
y en jardines de anémonas lozanos
el Desierto trocó sus arideces.

La sangre nos dió en vino; y muchas veces,
para dar alimento a sus hermanos,
con el blanco milagro de sus manos
multiplicó los panes y los peces.

Por haber con su voz, austera y grave,
contra los falsos dioses predicado,
a muerte al Justo condenó el Imperio...

¡Mas Dios hizo un milagro, y se asegura
que en la cruz de Salem, crucificado,
no ha expirado Jesús, sino Tiberio!...

III

PÓRTICO

Hay algo en tu mirada de turquesa
de los lagos románticos del Norte,
y evoca la arrogancia de tu porte
majestades de altiva archiduquesa.

¡Venecia te aclamó su dogaresa,
te soñó Botticelli, en un transporte
de amor, y de Aragón la vieja corte
besó tus níveas manos de princesa!

¡Tu regia aparición de nieve y raso
saludan, en un trémolo sonoro,
los bélicos clarines, y, a tu paso,

catorce alabarderos, con respeto,
rinden al par sus alabardas de oro
bajo el arco triunfal de mi soneto!...

IV

ORIENTE

¡Ser un fakir de luenga barba cana,
de ojos febriles y de faz de asceta,
despreciador de toda pompa humana,
que en el silencio de la torre escueta

abluciona su alma en la fontana
milagrosa del libro del Profeta,
hasta hacerla suave, pura y quieta,
y cristalina como la mañana!

Y, flotando las blancas vestiduras,
mientras Granada perezosamente
entre sus verdes cármenes dormita,

en el nombre de Aláh, rezar mis suras,
con la mirada fija en el Oriente,
desde el viejo alminar de una mezquita!

PARA LOS HUMILDES

I

Comprende este adagio, segador amigo:
"Quien siegue las mieses, que se coma el trigo..."

Forjador, la espada que temple tu mano
con tu propia sangre teñirá tu hermano...

El oro que arrancas con tanto dolor
comprará, minero, tu vida y tu honor...

Tejedor, tus sedas engalanarán
a los que te roban la sangre y el pan...

¡Cuántos pescadores el mar se ha tragado!...
¡Y hay gentes que afirman que es caro el pescado!

II

Echa en la balanza tu bien y tu mal,
y, al fin, verás cómo todo pesa igual...

Liban en las rosas del mismo vergel
su veneno, el áspid; la abeja, su miel...

Con su luz alumbra cada madrugada
a una flor que brota, y otra deshojada...

En la vida, a veces, como en el amor,
aun más que la fruta nos gusta la flor...

En todas las almas hallarás las huellas
de un mudo y sonámbulo pescador de estrellas...

III

La existencia es una veloz mascarada...
Con disfraz se es mucho, y sin disfraz se es nada...

Disfraza tus penas, como tus placeres,
y que nadie, máscara, conozca quién eres...

Ve al placer tranquilo y al dolor con calma,
y más que tu cuerpo recátate el alma...

¡Ay del que, inocente, sigue su carrera
sin llevar disfraces por dentro y por fuera!...

¡Ay del que camina con abnegación,
y abierto, en la mano, lleva el corazón!

IV

Festeja tu alma, tu carne divierte,
¡que alma y carne en polvo trocará la muerte!...

Desprecia el concepto de las multitudes,
y tus mismos vicios transforma en virtudes...

No existe lo tuyo ni lo mío... Todo
es cuestión de fórmulas, de tiempo y de modo...

Sólo hay en la vida un camino bueno:
¡defender lo propio y atrapar lo ajeno!...

Realidad, no sueñes, para ser felices...
¡Es preciso tierra para echar raíces!...

V

No te precipites, camina con tuerca...
¡La vida es tan corta!... ¡Todo está tan cerca!...

Lo que fuiste antes volverás a ser...
¡La tumba no tiene mañana ni ayer!...

No infiernos ni glorias saldrán a tu encuentro...
¡Dioses y demonios los llevamos dentro!...

Una verdad última, alma atormentada:
¡fuera de ti, sólo existe la Nada!...

PARÉNTESIS SENTIMENTALES

A ALFONSO TORO

I

¡Ya de la castidad los blancos velos
no rasgarán tus manos de poeta,
ni en el azul de una pupila inquieta
presentirás la gloria de los cielos!...

En tu páramo gris no hay asfodelos,
ni rosa de ilusión en tu paleta...
¡De amor tu amor envenenó a Julieta
y ahogaron a Desdémona tus celos!...

¡Tu ceguera sin luz dejó a Cordelia,
y tu locura ha enloquecido a Ofelia!...
¡Tan sólo, de tu vida en los arcanos,

cruza de lady Machbeth la figura,
manchando de tus sueños la blancura
con las huellas sangrientas de sus manos!...

II

Deja tu regio alcázar de pereza
y de ensueño, los áureos camarines,
el surtidor, la Luna y los jardines
que enfermaron tu alma de belleza...

¡En tu reino interior la noche empieza!...
¡Ya no hay cantos de amores, ni festines
de besos, ni románticos violines,
sino sombras, olvidos y tristezas!...

¡Todo, poeta, para ti está muerto!...
¡Tu vida es un desierto en un desierto!...
¡Y hasta en tu alma brota la poesía

con el fúnebre encanto de una rosa
que al llanto del amor se abre tardía
en las húmedas grietas de una fosa!...

III

¡Oh, padre Job!... Tus viejas llagas siento
florecer en mi carne, sin que tenga
ni un recuerdo de amor que me sostenga,
¡ni una esperanza en Dios que me dé aliento!...

En carne viva tengo el pensamiento,
y en mi sufrir de su sufrir se venga...
¡No hay corazón humano que contenga
en tanta pequeñez tanto tormento!...

Tu lepra, padre Job, es pasajera,
porque es del cuerpo, y cuando el cuerpo muera,
en el sepulcro encontrarás la calma...

Mi mal, en cambio, ni consuelo implora,
porque es lepra que el alma me devora,
¡y esa lepra es eterna, como el alma!...

IV

¡Ya no soy aquel noble aventurero,
de hoscos mostachos y melena brava,
que su oro y sus canciones derrochaba
para alegrar lo gris de su sendero!...

¡Aquel que al placer tuvo prisionero
e hizo la gloria de su lecho esclava,
y amor eterno por doquier juraba
a la cruz de su Dios y de su acero!...

¡Mi juventud sus rosas ha agostado,
y hoy es mi vida, que el dolor maldijo,
como un pálido monje demacrado

que se consume de arrepentimiento,
sollozando a los pies de un crucifijo,
en las heladas celdas de un convento!...

V

¡La mañanita azul! La mañanita
de la alondra, y el beso en la ventana...
¿Ya no recuerdas, ilusión lejana,
la beatitud de la primera cita?...

Un anonadamiento; una infinita
postración, casi muerte... ¡Y la campana
que con su voz de pastoral cristiana
nuestras almas al mundo resucita!...

Tus cabellos perlados de rocío,
tu frente inmóvil sobre el pecho mío,
mis manos presas en tus manos bellas,

y los dos de ternura suspirando...
¡Y, conmovido, el cielo azul llorando
el bautismo de luz de sus estrellas!...

VI

En todo tiempo malgasté mi vida,
derrochando su oro inútilmente,
y hoy, pobre y sin alientos, nuevamente
vuelvo a emprender la ruta interrumpida.

La senda, como ayer, está florida...
Fué más triste el pasado que el presente...
¡Cuando es joven la carne es cuando siente
con más intensidad sangrar su herida!...

¡Oh, joven corazón envejecido,
mucho más que ahora sufres has sufrido!...
Morir, en mayo, tus rosales vistes,

y fueron como ocasos tus auroras...
¡También tus veinte años fueron tristes,
y llorastes entonces más que hoy lloras!...

VII

¿Hacia qué sueño tornaré mis pasos?...
¡El carmen del amor está desierto,
el ruiseñor de la poesía ha muerto
y ya no hay vino en los celestes vasos!...

¡Los minutos que restan son escasos,
y está muy lejos el soñado puerto,
como un refugio a la esperanza abierto
en la solemnidad de tus ocasos!...

¡No evoques el dolor de lo que ha sido!...
¡Para cada dolor hay un olvido!...
¡Paz en tu corazón, como en las fosas!...

¡La eternidad aventará tus huellas!...
¡Recuerda que tu carne dará rosas
y de tu alma surgirán estrellas!...

VIII

¡Oh, vieja juventud!... ¡Vestal que, impía,
sin atender la angustia de mi ruego,
dejó que el tiempo disipase el fuego
donde el Amor su lámpara encendía!...

Sin un apoyo, sin sostén ni guía,
me perdí en las tinieblas, como un ciego,
¡y de mi propia juventud reniego,
si ha sido acaso juventud la mía!...

Todo lo abandonó, como se arroja
de los hombros un fardo muy pesado;
ya mi mano dobló la última hoja

del libro del amor y del hastío...
¡Dentro y fuera de mí todo está helado!...
¡Tu nido, juventud, está vacío!...

IX

¡Lucerito del alba, azul lucero!...
Cantó mi voz cuando cantar podía...
Abril en mis jardines florecía,
y era mi corazón un limonero

que para el beso del amor primero
de pureza y de gracia se vestía...
¡En la alborada de mi alma había
luz para iluminar el mundo entero!...

Todo lo alado de mi vida era
lo mismo que una alondra mañanera:
cantar con alas que a los cielos sube...

¡Aspiración de goces sobrehumanos
que hasta el trono de Dios lleva un querube,
como un lirio celeste, entre las manos!...

X

He ido sembrando el bien a manos llenas,
y como una monjita habilidosa,
de nobles gestos y de acciones buenas,
bordé mi tela y poeticé mi prosa.

Puedo vestir mis sueños de azucenas,
pues en mi senda recta y luminosa,
en esperanzas transformé las penas
y perdoné la espina por la rosa.

Así, al llamarme Dios junto a su seno
podré tender a la celeste palma
mi mano como un lirio inmaculado...

—Pero dime al oído, di, hombre bueno:
con certeza, ¿la mano de tu alma
nunca en sangre tampoco se ha bañado?...

XI

—Para el bien me formó Naturaleza...
Las virtudes se asientan en mis lares,
y amo más la bondad que la belleza,
y prefiero a las dichas los pesares.

Mi pañuelo enjugó toda tristeza,
y mi faro alumbró todos los mares...
¡Mi alma se desposó con la pureza
en un epitalamio de azahares!...

¡La mariposa ascenderá a los cielos
y al barro tornará la oruga vana
cuando el Bien mi misión dé por cumplida!...

—¡El Bien y el Mal, hermano, son gemelos
tan exactos, que no hay pupila humana
que logre distinguirlos en la vida!...

XII

—¿Por qué perder las horas, tan preciosas
para el amor, labrando en la cantera
del verso la ilusión de una quimera?...
¡Valen más las mujeres que las diosas!...

—Nadie tuerce el destino de las cosas!...
¡Aunque el orgullo del rosal no quiera,
mientras viva, al llegar la primavera,
su desnudez se cubrirá de rosas!...

—¡Sentir quisiera de distinto modo!...
¡Vivir, amar, triunfar, gozarlo todo,
como en sus bosques la pantera vive!...

—Pero dime: ese sueño, ¿no sería
trocar en realidad esa poesía
que todos sueñan y ninguno escribe?...

XIII

¡Sin dar tregua ni paz al pensamiento,
eternamente, infatigablemente,
he arado como un loco en la corriente,
y mis semillas esparcí en el viento!...

¡Todo fué estéril en mi vida!... Siento
que he vivido y he amado inútilmente...
¡Mi sed de amores agotó la fuente,
y hoy se encuentra el sediento más sediento!...

A toda sombra que cruzó el camino
le abrí mi corazón como posada
y la senté a mi mesa como hermano,

compartiendo con ella el pan y el vino...
¡Ya, pobre corazón, no tienes nada!...
¡Tu patrimonio derrochaste en vano!...

XIV

¡Esclavo fui de todos!... Nunca tuve
más que amor, y lo he dado a manos llenas...
Vestí con mi candor las azucenas,
y di a la fe mis alas de querube.

¡Por todos los senderos donde anduve
sembré ilusiones, cosechando penas,
y aun en la sed voraz de las arenas
abrí mi corazón como una nube!...

Mi juventud he dado a los placeres,
mi alma a Dios y mi carne a las mujeres...
¡Todo en manos ajenas lo he perdido!...

Sólo de los pasados esplendores
me resta una reliquia: mis dolores...
¡Lo único que con nadie he compartido!...

XV

Dije al polvo: "¿Quién eres?..." "¡Sombra vana
que tu rota sandalia ha levantado,
recuerdo inmemorial de tu pasado
y sueño evocador de tu mañana!..."

¿En dónde está la virgen, la ventana,
las negras crenchas del cabello amado?...
¡Todo cuanto la muerte me ha robado
en ti invisiblemente se desgrana!...

Con la ansiedad suprema del suicida,
dejé al recuerdo el corazón abierto,
y en vano el alma su llegada espera...

¡Qué pesada aridez la de mi vida!...
¡La soledad estéril del Desierto
para mí es un jardín en Primavera!...

XVI

En mí no existe ni siquiera un hueco
que tu piedad de mieles no haya henchido...
¡Me devolviste todo lo perdido
haciendo florecer mi huerto seco!...

¡Con tus trenzas suaves como un fleco
embalsamaste el corazón herido,
y al placer y al dolor has respondido
como responde a la palabra el eco!...

Con humildad de sombra te deslizas
por mi ardiente erial, y con tu paso
a las mismas arenas fertilizas...

¡Y fresca, y aromática, y ligera,
pasas por las tristezas de mi ocaso
como un amanecer de Primavera!...

XVII

Sobre la colcha de damasco rosa
tiene tu desnudez el tinte vago
de la sagrada estatua de una diosa
hundida en el crepúsculo de un lago.

¡Se encanta la mirada en la mimosa
actitud, que es al par ruego y halago,
y se olvida la espina rencorosa
y se destierra el pensamiento aciago!

¡Bajo la sombra del cabello oscuro,
tus ojos de odalisca parpadean
en fugaces y lúbricos denuedos,

mientras mi carne, como un fruto maduro,
trémulos y nerviosos picotean
los cebados patitos de tus dedos!...

XVIII

¡Oh, tus grandes pupilas, tan oscuras
y tan claras al par!... ¡Bajo su amparo
todas las cosas me parecen puras,
y todo para el alma es bello y claro!...

¡Para mis sombras y mis amarguras,
Dios te encendió en mi noche como un faro,
lmparita de amor que en sus negruras
guarda mi alma con fervor de avaro!...

¡Y son tus manos puras y sencillas,
que palmeotean en perpetua fiesta,
al enjugar la angustia de mi lloro,

ramillete de alegres campanillas
que al enredarse a mi vejez le presta
verdor de abril y músicas de oro!...

XIX

¡Oh, mis pobres violetas!... ¡Si no queda
un seno de mujer donde prenderos,
ni unos rizos undívagos de seda,
mis recuerdos tendréis como floreros!...

¡Perfumaréis mi soledad aceda
y la noche glacial de mis eneros,
recordando a mi alma la alameda
en cuyos melancólicos senderos

ensangrenté mi mano entre zarzales,
para prenderos cual fragante ramo
entre los blancos senos virginales

de aquella sombra por mi mal perdida,
que hoy de rodillas y en silencio amo
con el amor más puro de mi vida!...

LA CASA ENCANTADA

I

Pasajero, no llames... Viven duendes
y trasgos en la casa...
¡Tú que el dolor y el símbolo comprendes,
como una sombra fugitiva pasa!...

Dicen que hay dos pupilas de pantera
como dos esmeraldas encantadas
en el encanto de una tez de cera,
y que en aquel en quien clavan sus miradas

en un fúnebre ensueño se desploma,
¡y en sus entretelas temblorosas siente
la atracción que conduce a la paloma
a la gola mortal de la serpiente!...

II

Cuando desde el ruinoso campanario
descienden, como doce paletadas

de tierra en el olvido de un osario,
las doce campanadas

de media noche, en su interior resuena
un diabólico coro de alaridos,
a compás del crujir de una cadena,
y un estruendo de muebles derruidos...

Alguien osó mirar por un ventano;
mas quedóse de pronto ciego y mudo,
¡y a ningún ser humano
lo que vieron sus ojos decir pudo!...

III

¡Dicen que existen trasgos y gigantes
y dragones de aliento emponzoñado
custodiando las puertas de diamantes
de un arábigo alcázar encantado,

donde en patios de oro, plata y gemas,
en paloma de nieve transformada,
espera una princesa la llegada
del héroe de los mágicos poemas!...

¡En sus desiertas salas señoriales
no sé qué monstruo vigilante vaga,
que todo el que traspasa sus umbrales
parece que la tierra se lo traga!...

IV

¡Casta ilusión vestida de azucena,
con tu lámpara azul sigue tu vía!...
¡No llames otra vez al alma mía,
que es una casa de fantasmas llena!...

LA RUTA OSCURA

I

¡Resonó el viejo aldabón,
se abrió en silencio la puerta
y surgió la aparición
de alguna esperanza muerta
de olvido en mi corazón!...

Como en un velo enlutado,
sus misterios envolvía
en la tiniebla sombría
del cabello destrenzado,
que hasta los pies le caía...

—¡Entra!—exclamó la enlutada,
temblorosa de emoción...
Tras mí cerróse el portón...,
¡y me encontré de pasada
en mi propio corazón!...

II

¡Por el bosque enmarañado
de mi soledad me pierdo,
trémulo y desorientado,
igual que un ciego guiado
por la mano de un recuerdo!...

¡Y entregando mi destino
a tan firme compañía,
sin pena y sin alegría,
entre las sombras camino,
sin saber dónde me guía!...

¡Pequeña mano florida,
salvar intentas en vano
mi alma, en la sombra perdida!...
¿Por qué arrastras por la vida
un cadáver de la mano?...

III

Una música lejana
de nuevo encanta mi oído...
Surge un nombre del olvido...
¿Qué ruiñeñor ha venido
a cantar en mi ventana?...

En un vuelo de paloma
llega una fragancia vieja...
Un rostro en la sombra asoma...
¿Qué nuevo rosal aroma
la soledad de mi reja?...

La campana dobla a muerto;
la brisa es una oración...
¿Qué nueva tumba han abierto
dentro de mi corazón?...

· EL ESPEJO MARAVILLOSO

I

Como en la limpidez maravillosa
de un espejo encantado,
en un sueño de nuevo volví a verte,
con tu túnica astral de lirio y rosa,
caminando a mi lado
por la senda de esfinges de la muerte...

¡Como cuando en la vida sonreías
al orgullo infantil de mis quimeras,
a mis labios sedientos ofrecías
el ramo de tus veinte primaveras!...

¡Tus jardines el tiempo ha respetado!...
¡Ni una rosa agostó de tus mejillas,
ni un lirio de tu cuello ha deshojado,
ni la azucena de tu frente humillas.
ni el fuego de tus ojos se ha apagado!...

¡Y en el sueño, cruzando por la vía
de esfinges de lo arcano,
junto a mi angustia y mi cabello cano,
tu juventud eterna parecía
la inocencia de Antígona, que guía
la ceguera de Edipo con su mano!...

II

¡No me conoces ya! ¡No me conoces!...
¡Mi mies segaron las celestes hoces,
y mis cedros los santos leñadores!...

¡Las blancas manos de los serafines
dejaron el abril de mis jardines
sin perfumes, sin pájaros ni flores!...
¡Mi carne es pudridero de jazmines,
y mi alma, panteón de ruseñores!...

¡Aquellas manos que tú amabas tanto,
hartas de remover tanta impureza,
para siempre perdieron su belleza,
y hoy a mí mismo al verlas me da espanto!...

¡Aquellos ojos de mirar ardiente,
que abrasaban tu alma con sus fuegos,
tanto lloraron que quedaron ciegos!...
¡Todo se lo ha llevado la corriente!...

¡En la ignominia naufragó mi orgullo,
y en el espanto del vivir me pierdo!...
¡En mí no queda ya ni aun el recuerdo
de aquel sueño de amores que fué tuyo!...

¡Y cuando vaya a verte,
al cruzar los umbrales de la muerte,
llevaré, liberado de las toscas
impurezas del frágil barro humano,
el corazón sangrando entre mi mano,
para que al verle en él me reconozcas!...

III

Yo soy como un gusano, tú una estrella;
¡mas yo sé que algún día
se han de fundir la estrella y el gusano!...

El mismo enigma que tu vida sella
ha de sellar la mía,
¡y nos ha de envolver el mismo arcano!...

Nos bañarán los mismos resplandores;
las mismas mieles nos darán sustento;
nos ha de consagrar el mismo rito,

¡y tendrán nuestros púdicos amores,
bajo el dosel azul del firmamento,
por tálamo nupcial el infinito!...

Nuestra esperanza se verá cumplida...
Volveremos a vernos,
¡y los fugaces sueños de la vida
hará el misterio de la noche eternos!...

OTOÑO ESTERIL

I

Bajo las enramadas
marchitas, caminamos...
Lloran nieve los ramos
de rosas deshojadas...

Los pétalos sedeños
suspiran en la bruma.
¡Nuestra muerte perfuma
lo mismo que tus sueños!

II

—Clara corriente, dime:
¿dónde vas a parar?—
Y la corriente gime:
—¡Al mar, al mar, al mar!...

—¿Adónde vas, adónde,
vida lozana y fuerte?—
Y la vida responde:
—¡A la muerte, a la muerte!

III

—¿Dónde vas, enlutada,
aterida de frío?...

—¡Camino hacia el vacío,
y vengo de la nada!...

—¿Qué hiciste?... —Inútilmente
cansé mi pensamiento
arando en la corriente
y sembrando en el viento!...

IV

Rinden a los dolores
mis sueños sus tributos...
¡Primaveras sin flores
son otoños sin frutos!...

Amor, iluso eterno,
tu ceguedad, ¿qué espera,
si fué tu primavera
más fría que el invierno?...

V

—¿El amor?... —¡Un letargo
de azucenas cubierto!...

—¿La ciencia?... —¡Un pozo amargo
en mitad del Desierto!...

—¿La gloria?... —¡Rojo zumo
que embriaga un momento!...

—¿La vida?... —¡Polvo y humo
y cenizas al viento!...—

VI

¡Amarillenta y mustia,
pudrióse la azucena!...
¡Palidecía de angustia,
y encanecí de pena!...

¡Mis sueños son vilanos,
y el corazón herido,
un limón exprimido
que sangra entre tus manos!...

VII

En el fondo del río
perdióse mi tesoro...
¡Ya no tengo más oro
que un puñado de hastío!...

Lo puedes aceptar
si no hay otro remedio...
¡Con él puedes comprar
flores para tu tedio!...

VIII

¡Cíñete las sandalias,
y prosigue el camino!...
¡En mi jardín no hay dalias,
ni en mis bodegas vino!...

¡Levanta con la aurora
tu vuelo de crisálida,
mientras el alma inválida
por no seguirte llora!...

IX

¡Alma de ensueño y luna,
solitaria alma mía,
estéril como una
avellana vacía!...

¡Abandona tu empeño
y tu esperanza trunca,
y húndete en ese sueño
que no se acaba nunca!...

X

¡Noche oscura, en tu calma
profunda y silenciosa,
se desploma mi alma
igual que en una fosa!...

Lo que se fué no vuelve...
¡Tierra, dame el consuelo
de tu abrazo de hielo,
que todo lo disuelve!...

XI

¡Si pregunta un viajero,
le dices que me has visto,
clavado en un madero,
sangrando como Cristo!...

¡Y si pregunta ella,
le dices que me viste
como un pájaro triste
volar hacia una estrella!...

CASTILLOS DE ENSUEÑO

I

Deja tú que el destino ceñudo
enmarañe de sombras tu paso...
¡Cuelga ya en la panoplia tu escudo!
¡Echa vino, y apura tu vaso!...

El encuentro fué bárbaro y rudo,
y completo y tremendo el fracaso...
¡Escapaste sangriento y desnudo,
galopando al fulgor del ocaso!...

¡En la cima de un despeñadero
se levanta el castillo roquero,
como nido de nobles halcones!...

¡Cierra a todos la vieja poterna,
y haz que sea tu vida una eterna
fiesta alegre de amor y canciones!...

II

Del combate con vida has huído,
sin broquel, sin airón ni bandera...
Tu pasada ambición da al olvido,
y, olvidando tu vida guerrera,

torna al viejo castillo perdido
en las cumbres de la cordillera,
¡a vivir un amor no vivido
y a tejer otra nueva quimera!...

¿Qué te importan las rudas batallas?...
El ferrado esplendor de tus mallas
trueca en sedas, tisú y terciopelos;

abandona los viejos mandobles,
¡y en tus bosques de encinas y robles
caza estrellas de plata a los cielos!...

LOS POEMAS DE LA TRIVIALIDAD

I

¡Pobre soñadora,
qué pálida estás!...
¡La luz de tu aurora
deshojando vas!...

Y mientras caminas
sin saber por qué,
sangrando entre espinas
la flor de tu pie,

¡trabaja y trabaja,
la desolación
hila tu mortaja
en tu corazón!...

II

Cuando, entre los ramos
floridos y espesos,
al par deshojamos
los últimos besos,

el verde jardín
nos miró pasar,
pálidos y sin
fuerzas para hablar,

¡porque para dos
que se aman no existe
un dolor más triste
que decirse adiós!...

III

¡Diez y ocho abriles!...
¡Qué bonita era!...
¡Cual la Primavera
llegó a mis pensiles!...

Cubrióse de flores
el mustio vergel,
¡y los ruiñesores
cantaron en él!...

¡Y aquella ilusión
fué sólo cual una
floración de luna
en mi corazón!...

IV

Caminamos juntos
por la amplia avenida,
¡como dos difuntos
vuelos a la vida!...

En el alma había
voces armoniosas...
La carne tenía
fragancias de rosas...

Los cuerpos cansados
de nuevo dan flor...
¡Dos resucitados
por el mismo amor!...

V

La luz de la vida
trémula se apaga...
La luna naufraga
en la mar dormida...

Nievan los rosales
blancuras de ensueño,
y un labio risueño
desborda panales...

El cielo azul vierte
su resignación...
¡Perfumada muerte
de mi corazón!...

LA GRUTA AZUL

I

ESTALACTITAS

También, pródiga, consumiste
el oro de tu vida entera
en comprar bálsamos al triste
y aliento al que nada espera.

En limosnas toda te diste,
y, como impúdica ramera,
a todo el mundo ofreciste
las rosas de tu primavera.

Si ahora consuelos necesitas,
cubre tu cuerpo con un manto
y oculta tu desolación

en la gruta de estalactitas
que para ti labró mi llanto
¡en medio de mi corazón!...

II

PONZOÑAS

Tu santa palidez de olivo,
tu carne pura de azucena,
tu corazón tan sensitivo
y tu alma tan blanca y tan buena,

aleja de mí ardor de chivo
y de mis lujurias de hiena,
pues con su aliento de corrosivo
mi tedio todo lo envenena.

Todo lo bueno que tenía
perdí en la helada noche oscura...
¡Aléjate del amor mío,

pues alma, carne y fantasía
están leprosas de amargura
y sifilíticas de hastío!...

III

LECTURAS

No en balde pasaron los años
y mordí todas las manzanas;
no en vano mis rizos castaños
están ya cubiertos de canas...

A los propios y a los extraños
franqueé puertas y ventanas...
Coseché sólo desengaños
y viejas ponzoñas humanas...

Libros y libros he leído
en mi adolescencia florida
y en mi madurez de árbol fuerte...

Y sólo en ellos he aprendido
a odiar el sueño de la vida,
¡por miedo al sueño de la muerte!...

IV

LA ESFINGE

El tedio de la línea recta,
de las compactas multitudes,
de la existencia gris y abyecta,
sin grandes vicios ni virtudes...

Ni una arrogante torre erecta,
ni una esperanza en que te escudes.
¡Oh, pobre alma, tan provecta,
teniendo tantas juventudes!...

Polvo y cenizas de ilusiones,
podredumbres de cementerios...
Y siempre inmóvil y callada

a tantas interrogaciones,
¡la negra esfinge del misterio
en los desiertos de la Nada!...

V

EL VASO

La ruta es larga, el tiempo escaso;
de recobrarlos ya no hay modo...
Perdí el ritmo de paso,
y solo, inmemoré de todo.

Cruzó la sombra de mi ocaso,
dando traspiés como un beodo.
¡Mi vida es igual que un vaso
hecho del más abyecto lodo!...

¡Vaso de arcilla, tosco y duro,
efervescente pudridero
de todo lo bello y lo puro:

al darle forma a tu destino,
estaba el divino alfarero
de mal humor o ebrio de vino!...

VI

TARDÍAMENTE

Tarde nos hemos encontrado,
hermanita melancolía...
¡Nuestro sendero está encharcado
y está desierta nuestra vía!...

Nada el destino me ha dejado,
de tanto como poseía...
¡Mi carne es lirio deshojado,
y mi alma una tumba vacía!...

Rotas las místicas alburas
del ala, desde las alturas
rodó en el polvo el pensamiento...

¡Mis campos asoló la suerte,
y en mis castillos flota al viento
el pendón negro de la muerte!...

VII

COFRE DE SÁNDALO

Tus manos anhelan curiosas
escudriñar en mis secretos,
resucitar las mustias rosas
que ciñen mis tristes sonetos;

brujulear todas las cosas,
profanar todos los objetos,
para gustar las misteriosas
virtudes de mis amuletos...

Revuelve todos los enredos,
restos de una vida difunta...
Revuelve... pero ten cuidado...

No vaya a herir tus blancos dedos,
como una víbora, la punta
de un alfiler envenenado!...

VIII

BIZANTINISMOS

Formas sutilmente graciosas,
esbeltos cuellos, manos finas,
mantos dorados de áureas rosas,
coronas gemadas de espinas.

De las maderas factuosas
de las capillas bizantinas...
¡prestadme vuestras luminosas
suntuosidades cristalinas!...

¡Descubridme vuestros secretos,
la regia pompa que reviste
vuestra austeridad religiosa,

para esmaltar en un soneto
mi alma tan pálida y tan triste
como una santa Dolorosa!...

IX

TEDIO

Tedio de la carne agotada
en donde está muerto el deseo...
¡En el libro de tu mirada
es vulgar todo lo que leo!...

¡Inédito, no queda nada!...
Como ayer eras, hoy te veo:
¡siempre en tu boca almibarada
el mismo beso paladeo!...

¡En tu alma el mismo misticismo,
en tu frente la misma idea!...
¡Y siempre lo mismo, lo mismo!...

El tedio no me deja verte...
¡Dame algo nuevo, aun cuando sea
la angustia virgen de la muerte!...

X

CAMINOS PERDIDOS

Un dulce cántico de amores
cantaba el alma enamorada,
que aprendió de los ruseñores
en los cármes de Granada...

La noche estaba perfumada
por el encanto de las flores...
¡Qué bella era la jornada
del plenilunio a los fulgores!...

Hacia la cumbre iba de prisa,
cuando miré a tus palideces,
y me detuve en el camino...

¡Una mirada, una sonrisa,
un ademán, bastan a veces
para torcer nuestro destino!...

XI

DANZAS

En mis jardines orientales,
como lúbricas bayaderas,
alegres danzas sensuales
esculpieron mis primaveras...

Se, deshojaban los rosales
al vuelo de las cabelleras,
y tornábanse musicales
los arroyos en las praderas...

¡Alma, tus báquicos festines
en vano, en sueños, resucitas!...
Tan sólo hay en tus jardines,

bajo los árboles escuetos,
¡aquelarres de hojas marchitas
y zarabandas de esqueletos!...

XII

LA TEJEDORA

En las estáticas colinas,
entre cerezos y alberchigos,
se deshilachan las neblinas
igual que harapos de mendigos.

Vuelan algunas golondrinas
sobre la angustia de los trigos,
y en la quietud de las encinas
buscan los pájaros abrigos...

Al son de la lluvia que llora
sobre el dolor de los pinares
y sobre la casa dormida,

una enlutada tejedora
teje en sus móviles telares
¡la última tela de mi vida!

XIII

PARAÍOSOS ARTIFICIALES

¡Paraísos artificiales!...
¡Invernaderos de morfina;
selvas de éter; catedrales
de marihuana y cocaína!...

En sus palacios orientales,
el verde hachís nos fascina,
¡y el opio ofrece a nuestro males
su áurea caverna submarina!...

El kif disuelve nuestras penas
en un perfume de azucenas,
y el alma entera se azafira;

y el vino bríndanos olvido,
¡y tu pupila la mentira
de un viejo amor incomprendido!...

XIV

PASTORELA

Como los bíblicos pastores,
en el valle de la pureza,
entre fontanas y entre flores,
apacentó la gentileza

del rebaño de mis amores...
¡Y oculto entre la maleza,
entonaron los ruseñores
un himno azul a su belleza!...

Ahora, pastor cargado en años,
apaciento mis desengaños
en los más sucios muladares...

Gruñendo devoran mis penas
carroñerías de azahares
¡y podredumbres de azucenas!...

XV

LAS HORAS

¡Mis parques están deshojados,
no dan frutos mis limoneros,
están desiertos mis senderos
y mis castillos arrasados!...

¡Mis pensamientos, desolados,
van al azar, hoscós y fieros,
sin tener otros compañeros
que sus culpas y sus pecados!...

Mi cuna fué una sepultura,
y son ocasos mis auroras...
Y para que mis agonías

las colmen de tanta amargura,
al desfilar, lentas, las horas,
¡me ofrecen sus copas vacías!...

BREVIARIO ESPIRITUAL

[Handwritten signature]

I

Yo soñé un libro muy pequeño,
breviario espiritual,
donde la vida y el sueño
temblasen como un cristal...

En despojarle puse empeño
de la retórica vanal,
de todo lírico pergeño
y de oropel sentimental...

Puro e ingenuo como un niño,
comprensivo como un anciano,
donde, con noble desaliño,

trazase sólo para ti,
en pocas páginas mi mano
¡lo que hasta ahora no escribí!

II

Sin piedades de golondrinas,
al pie de un fúnebre sauz,
con la sien ceñida de espinas,
moriría otoño en una cruz;

se deshojaban las colinas
bajo un maléfico capuz,
cuando, en un sueño de neblinas,
¡abrí los ojos a la luz!...

Como un chacal aullaba el río;
sus vértebras la cordillera
erizaba como un león,

y melancólico y sombrío,
cual si mi suerte presintiera,
lloraba el cielo de aflicción!...

OTOÑADAS

LLUVIA DE OTOÑO

¡Otoño!... Un gato despereza
su tedio gris junto al brasero...
Deshoja un nardo su pureza
en la prisión de su florero...

Salmos de angustia el viento reza,
y entre las nieblas del sendero,
¡en un pantano de tristeza
se estanca el alma del viajero!...

Envuelta en un sayal ceniza,
la vieja estancia se austeriza...
¡Tras el cristal de la ventana,

en los ramajes amarillos,
la lluvia, en traje de hospiciana,
teje su encaje de bolillos!...

CETRERÍA

I

Paz del crepúsculo suave...
 Esfumaturas de matices...
 La tarde sangra como un ave
 en cinegéticos tapices...

El aire a fruta y a miel sabe;
 nublan los tordos los maíces,
 y en el silencio azul y grave
 ¡ahonda el recuerdo sus raíces!

Mientras troquelo mi poesía,
 y en las medallas que atesoro
 tu majestad de reina acuña,

Otoño va de cetrería,
 suelta la clámide de oro
 ¡y un gerifalte sobre el puño!...

II

Las vides ya dieron su vino,
 fermenta el mosto en los toneles,
 y en los frutales del camino
 la flor su aroma trocó en mieles...

¡Sigue tu ruta, peregrino,
 que si no hay rosas ni laureles,
 hasta las zarzas del espinoso
 dan frutos rojos cual claveles!...

Ya no será tu amor cual una
 virgen de pálido semblante,
 estéril para el goce pleno,

hecha de nieve, ensueño y luna,
 ¡sino una lúbrica bacante,
 de ancha cadera y amplio seno!...

PLENITUD

I

Fecunda plenitud de vida,
 áurea madurez de emociones...
 La senda no será florida,
 mas estará llena de dones...

La flor es fruta bendecida,
 son realidad las ilusiones,
 ¡y ahitos de amor, en su guarida
 se adormecieron los leones!

Lo inútil piérdese... Se queda
 sin hojarasca la arboleda;
 se aclaran todos los caminos;

esfúmanse los sueños vanos...
 ¡Y nos sentimos más humanos,
 acaso por ser más divinos!...

II

En los umbrales de mi puerta,
 tras el tapiz descolorido,
 surgiendo vas, ¡como una muerta
 desenterrada del olvido!

A tu recuerdo se despierta
 algo que estaba muy dormido...
 ¿Por qué dejé mi puerta abierta?...
 ¿Por qué en mi casa te has metido?...

¡Ya no es mi alma lo que era!...
 Pasó su frágil primavera,
 y aquel cordero tan inerme

es hoy un tigre altivo y hosco...
 ¡Cómo podrás reconocerme,
 cuando yo apenas me conozco!...

EL ARQUERO

¡Malgasté toda mi energía,
derroché toda mi fortuna,
queriendo con la fantasía
cazar un rayo de la luna!...

¡Mi vida fué una cetrería
líricamente inoportuna
de blancos cisnes de poesía
sobre romántica laguna!...

¡Por alcanzar una quimera
de ensueño y nieve, mi alma fuera
de su ambición eterna esclava!...

¡Oh, corazón aventurero!
¿Para qué quieres ser arquero,
si ya no hay flechas en tu aljaba?...

TABACO

Cálida estancia; luz sin brillo...
Junto al brasero, mientras fumo,
sobre un sillón gris y amarillo
mi aburrimiento desentumo

leyendo un libro tan sencillo
y vaporoso como el humo
que exhala al aire el cigarrillo
que, melancólico, consumo...

Y muy lejano, muy lejano,
algún romántico piano,
que me recuerda, con la vana

evocación de su sonido,
el plenilunio y la ventana
de un viejo amor desvanecido...

EL RELOJ

Tardes de paz... Monotonía
de lluvia en las vidrieras...
Se extingue el humo gris del día...
¿En dónde están mis primaveras?...

La lluvia es una fantasía
de misteriosas encajeras...
Tú, que tejiste mi alegría,
¿tras qué cristal mi vuelta esperas?...

Lentas deslízanse en la alfombra
las tocas negras de la sombra:
viuda que no falta a la cita...

Igual que un pecho adormecido,
el reloj, tímido, palpita...
¡Oh, juventud, ¿dónde te has ido?...

MANOS PIADOSAS

Manos cristianas y hacendosas,
con suavidades maternas
cuidan los sueños y las rosas
de mis jardines otoñales,

difundiendo en todas las cosas
añoranzas primaverales,
cicatrizando, milagrosas,
heridas de mis viejos males...

Tienen complacencias de hermana,
mimosidades de chicuela,
son mi alegría y mi consuelo,

y cuando esté mi frente cana,
me llevarán a la plazuela
¡a tomar sol como a un abuelo!...

BEATUS ILLE

No más viajes... Un reposo
largo y tranquilo en una aldea...
Veladas junto al luminoso
rescoldo de la chimenea...

Un libro nuevo; un generoso
vaso de vino; una azotea
que dé a un jardín maravilloso,
blanco de nardos de Judea...

Olor de dicha en el ambiente;
pisadas cautas y suaves...
Serenas horas virgilianas,

sin más rumores que una fuente,
y los gorjeos de las aves
y el resonar de las campanas.

PACIFICACIÓN

Pompas del mundo: vanidades
y aspiraciones sois ahora
después de tantas tempestades,
polvo y cenizas... Nueva aurora

surge a alumbrar mis soledades;
mi alma de ensueño se colora,
y el huerto azul de mis saudades
con nuevos pétalos se enflora...

Prefiero a vaños oropeles
y a ostentaciones principescas
mis horas dulces y calladas,

y a una corona de laureles
un búcaro de rosas frescas
cortadas por manos amadas...

VINO AÑEJO

Con la alegría de una fuente
corre mi vida entre tus manos...
¿Qué importa que tenga mi frente
mechones de cabellos canos?

Hay vino añejo y pan caliente;
maduran viñas y manzanos...
¡Será el otoño más clemente
que primaveras y veranos!...

¡El amor puro no se trunca!...
¿Qué nos importan tantas hieles
de los pasados desengaños?...

El corazón no es viejo nunca,
y como el vino en los toneles
se purifica con los años!

INVIERNO

Desnúdate de pompas vanas,
tórnate buena y religiosa,
alma, y recuerda a tus hermanas,
a la libélula y la rosa...

Piensa en la nieve de tus canas
y en tu ansiedad de mariposa...
¡Doblan a muerto las campanas
y están cavando una amplia fosa!...

Llorando sombras muere el día...
las horas van pasando, leves...
La racha helada ruge y zumba...

¡A Dios entrégate, alma mía!...
¡Piensa que las primeras nieves
pueden caer sobre tu tumba!...

DULCINEA

¡Vamos, reposa, peregrino,
junto al hogar, en la posada!...
Con su blancura la nevada
borró las huellas del camino...

Grazna un cuervo sobre la helada
osamenta mustia de un pino...
Conforta tu carne cansada
con un vaso colmado de vino...

Es hermosa la posadera
y fresca como una manzana...
Su tálamo huele a tomillo...

¡Haz que transforme tu quimera
la posadera en castellana
y la posada en un castillo!...

REPOSO

Dejaste en tu senda errante
todos los sueños de tu vida...
Inunda el llanto tu semblante
y se desangra el alma herida...

Dientes de lobo, caminante,
tienen tu carne enrojecida...
Junto a las llamas un instante
tu solitaria ruta olvida...

Leyendas y leyendas forjas;
revive horas de bonanza
mientras descarga la tormenta...

¡El que no tiene en sus alforjas
ni la ilusión de una esperanza
con sus recuerdos se alimenta!

EL ÚLTIMO SONETO

¡No volverás, blanca silueta,
a aparecer en los umbrales
de mi retiro de poeta,
ni en tus pupilas otoñales

veré morir la tarde quieta,
mientras la lluvia en los cristales
llora de amor, y en la glorieta,
nievan los últimos rosales!...

No darás luz a mis arcanos,
ni sentiré mis ojos presos
bajo las vendas de tus manos,

ni volverás a mi retiro
para rimar lánguidos besos
en el soneto de un suspiro...

COFRE DE SÁNDALO

Cofre de sándalo te digo
por la fragancia que despides...
Para mi angustia de mendigo,
desamparado en tantas lides,

no hay panes cual los de trigo
ni vino como el de tus vides...
¡En tu alma déjame un abrigo,
aun cuando luego me la pides!...

¡Aunque después, hecho pedazos,
a mi dolor me desampares,
y en vez de besos beba hieles!...

¡Sólo un momento entre tus brazos,
y luego que en los muladares
me despedacen tus lebreles!...

HIELOS

Horas de hielo... ¡Quién pudiera
resucitar en vuestro frío
las flores de mi primavera
y los incendios de mi estío!...

¡Volver a ser lo que antes era:
agilidad, destreza y brío,
lascivo como una pantera
e impetuoso como un río!...

¡Lanzar al viento mis cantares,
pirateando por los mares,
cautivador de carnes blancas,

sobre el puente de un velero,
bandera roja al mastelero
y cien forzados en las bancas!

ORACIÓN

¡Señor, Señor, mi carne grita,
aullando como loba hambrienta!...
¡Sangre de besos necesita
para aplacar mi sed violenta!...

¡La tentación del cenobita
de nuevo ardiente me atormenta,
y hasta en las aras de la ermita
sus desnudeces me presenta!...

Tiende sus brazos a mi cuello,
y entre la red de sus cabellos
me amarra el nudo de serpientes...

¡Me siento arder a su presencia,
y se desangra mi existencia
en la lujuria de sus dientes!...

LOS VIAJES

Cansado de cruzar el mapa
sin tregua y sin derrotero,
como el que de un naufragio escapa
y a Dios se entrega por entero,

dejé a las puertas de la Trapa
mi áureo jubón y mi sombrero,
mis armas y mi roja capa
de libertino aventurero...

Mi amigo fiel será el gusano
y mi enemiga la alba rosa...
¡Mis manos sembrarán las mieses

que me den el pan cotidiano
y cavarán mi propia fosa
bajo la paz de los cipreses!...

CRISOLES

Llegar al fin de la existencia,
joven el alma, el cuerpo viejo,
y cristalina la conciencia
como la luna de un espejo...

¡Verme, Señor, a tu presencia,
sin que se frunza tu entrecejo,
y confundirme con tu esencia
y de tu luz ser un reflejo!...

Lanzar mi carne a los gusanos...
para volver hasta tus manos...
Y en el crisol de tu mirada

limpiarme del humano lodo,
¡y ser el Todo, si eres Todo,
y ser Nada, si eres Nada!...

LA GALERA VIEJA

Haz de tornar, pobre galera,
la blanca vela desgarrada,
roto tu casco de madera,
sin timón y desarbolada,

al viejo puerto que te espera;
y en el silencio de tu rada,
sin tripulantes ni bandera,
te pudrirás abandonada...

Y en la verdosa agua silente
te irás hundiendo lentamente...
y acaso sobre tu cubierta,

sangrando por el ala rota,
desde los cielos caerá muerta
alguna blanca gaviota...

CAMINOS PERDIDOS

En el camino nos hallamos;
íbamos a distintas partes,
tú, entre palomas y entre ramos,
y yo, entre espadas y estandartes;

tú, a cazar sueños con reclamos...
yo, a asaltar rudos baluartes...,
indiferentes nos miramos,
y no sé por qué malas artes

de hechicería o nigromancia
tú te llevaste mis furores
y yo me traje tu fragancia...

Trocamos nuestros derroteros...
Yo ando entre pájaros y flores,
y tú entre grímpolas y aceros...

CASTILLO ROMÁNTICO

Si a tu castillo acaso llego
desde mis áridos parajes,
déjame un sitio junto al fuego
entre tus dueñas y tus pajes...

No me rechaces con despego
cuando te rinda vasallajes,
¡porque pudiera el niño ciego
tomar por suyos mis ultrajes!...

¡Ay del que enciende su venganza,
pues si una flecha el ciego lanza
al corazón se va derecha!...

¡No existe bálsamo en la vida
para curarnos esa herida,
que emponzoñada está su flecha!

FUENTE AMARGA

Mi báculo de peregrino
quemé en tu hogar como un ex voto...
He terminado mi camino,
y ante tus pies mi vida he roto...

En vano el piélago marino
me habla de algún amor remoto...
¡Plantó su tienda mi destino
junto a la esfinge de lo ignoto!...

Ignoro si oculta tu mano
en los misterios de su arcano
una paloma o la serpiente...

Sediento llego en mi jornada,
y beberé, aunque tu fuente
el agua tenga envenenada!...

HOJARASCA

Fastidio gris en Tierra y Cielo...
 Borra los campos de la neblina...
 Nuestro infinito desconsuelo
 en la tristeza vespertina

es como un barco preso en hielo...
 El eje de un carro rechina...
 Hinchada al viento, ensaya un vuelo
 de ave borracha la cortina...

Invade un turbio remolino
 de hojas marchitas el camino...
 Resuena un doble... Y el nublado

de un tono trágico de acero,
 vuelca el dolor de su aguacero
 sobre el silencio gris del prado...

LLUVIAS

En las penumbras de la estancia
 Otoño llora en un piano...
 Disipa un nardo su fragancia
 en un jarrón; cierra mi mano

un libro antiguo... En la distancia
 se apaga el *ángelus* cristiano,
 Otoño en mi espíritu escancia
 todo el dolor del barro humano...

En los espejos descolora
 la tarde gris su desconsuelo...
 Todo estremécese de espanto...

¡En el piano Otoño llora,
 y a su compás mi alma y el Cielo
 deshácense también en llanto!...

CREPÚSCULO URBANO

La ciudad tiene la tristeza
humeante y gris de un fumadero
de opio... Los olmos descortezan
la asolación del aguacero...

Su tedio obscuro despereza
el movimiento callejero...
Se aduerme el péndulo, y bosteza
la última rosa en un florero...

Entre la sorda algarabía
repica el timbre de un tranvía;
amargo llanto el aire exuda,

y deslizándose en la alfombra
penetra trémula la sombra
como una trágica viuda...

EL CAFÉ

En la consola el café humea...
Una enlutada me visita,
tímida como una azalea
y rubia como una margarita...

Me evoca cosas de mi aldea:
una ventana y una cita;
la Luna la plaza blanquea,
la fuente trémula palpita...

Con su charlar se torna mozo
mi pecho, que la pena agobia,
y en dulce éxtasis me pierdo...

¡Y nuevamente pruebo y gozo
el primer beso de mi novia
entre los labios del recuerdo!...

DESPEDIDAS

Fué muda nuestra despedida
bajo la angustia del acaso...
No brotó sangre de la herida...
¡Por eso no le hicimos caso!...

Una sonrisa muy florida,
y nos perdimos al ocaso...
¡Mas por la húmeda avenida
se fué llorando nuestro paso!...

¿Adónde fuiste?... ¿Adónde he ido?...
Tú, hacia la gloria; yo, al olvido...
Nuestros caminos son diversos...

¡Sólo ha dejado tu belleza
ese perfume de tristeza
que es como el alma de mis versos!...

ALMA EN PENA

El parque ya perdió sus galas
bajo las lluvias otoñales...
No hay fugas trémulas de alas,
ni tienen rosas los rosales...

¡Quedaron desiertas las salas;
ya no resuenan madrigales
ni penden líricas escalas
de las ventanas ojivales!...

Tapiza el musgo el pavimento,
la hiedra trepa por la almena
amortajando la ventana...

¡Sólo, en la noche, zumba el viento
como si fuese el alma en pena
de alguna antigua castellana!...

LA NOVICIA

¡Bajo la plata de la Luna,
en el jardín de la abadía,
enflora con jazmines una
novicia su melancolía!...

Florece estrellas la laguna...
El eco de la letanía
mece con un vaivén de cuna
el sueño de la lejanía...

A su hembra, en un rosal florido,
un ruiseñor lento acaricia
con sus arpegios sobrehumanos...

¡Y al ver que nunca tendrá un nido,
llora, en un banco, la novicia
con la cabeza entre las manos!...

LOS CUERVOS

Se volatizan las veredas;
todo en lo gris se desmorona...
¡Paisajes hechos de humaredas
que con cenizas se emborronan!...

Esqueléticas alamedas
en donde sólo desentonan
las sucias y arrugadas sedas
de alguna hidrópica casona...

De plomo es la serranía;
la legañososa tarde llora;
y al pie de un despeñadero,

aleteando de alegría,
un bando de cuervos devora
la podredumbre de un cordero...

LA VENDA ROTA

¡Alma, volvamos a la senda!...
Olvida el lecho en que has dormido...
Hay que tornar a la contienda,
al viejo mundo en que has vivido,

hasta que acabe tu leyenda
y hundas tu nombre en el olvido!...
Nada te impulsa... Ya la venda
de tus pupilas ha caído.

Y sabes que la vida es dura
y tiene entrañas de pantera...
Para partir, alma, ¿qué aguardas?...

Sentado en una sepultura
hay un fantasma que te espera,
¡y se impacienta porque tardas!...

EL LIBRO DE LAS PENUMBRAS

I

Mucho sol en tus ojos, mucho fuego
en tus labios... ¡Claridad!... ¡Claridad!...
¡Mas dame un rinconcito de penumbra
para poder soñar!...

II

Un caminito humilde, un caminito
con árboles, con pájaros y fuentes...
Ese es el caminito que yo sueño,
que hasta tu umbral a mi cariño lleve!...

III

Cuatro muros de cal, con las ventanas
abiertas al Abril en flor de un huerto,
y tú y yo, bajo la lámpara, gozando
la embriaguez virginal de un libro nuevo!...

IV

Se oye llorar la lluvia en las canales;
se oye gemir el viento entre las ramas,
y hay en el corazón algo que quiere
gemir de angustia y estallar en lágrimas!...

V

Siempre vela el amor, hasta durmiendo...
dijo Kempis devoto...
Pero a veces no ve, porque una venda
de lágrimas, Señor, ciega sus ojos...

VI

¡Exprimí el corazón como una esponja,
y rebasó la copa de mi pena,
y sentí bajo el polvo de mis plantas
como un milagro florecer la tierra!...

VII

¡La soledad es una virgen ciega,
que a media noche, a hilar junto a mi lecho,
se sienta, el blanco lino que le ofrece,
un sordomudo pálido: el silencio!...

VIII

Mi alma es como la tierra; sus tesoros
oculta en lo más hondo de su entraña...
¡Allí es un rubí cada suspiro
y un mágico diamante cada lágrima!...

IX

¡Hay un desierto en brasa, un océano
en tempestad, pero si al fondo llegas,
encontrarás lo que jamás soñaste
encontrar en los cielos y en la Tierra!

X

¡El hombre es el aceite
y la mujer la lámpara,
y el amor es la chispa que al prenderse
eterniza la vida con sus llamas!...

XI

La vi en mis brazos sonreír, y llega...
En mis umbrales ya sus pasos siento ...
Oigo cómo despréndese su túnica...

Hoy soy un dios, pues puede
tejer las realidades de este día
con la seda inconsútil de mis sueños...

XII

- ¡Un reguero de soles por los cielos
y una estela de estrellas por los mares;
eso queda en mi alma y en mi cuerpo
del paso fugitivo de tu imagen!...

XIII

¡Boca febril de sed la boca tuya,
boca febril de sed la boca mía!...
Vemos pasar el agua y no bebemos...
¡Tántalo en nuestras bocas resucita!...

XIV

¡Sólo pido al Destino terciopelos
y sedas, suavidades
y caricias tan tenues y sutiles
como las que adormecen a mi carne
cuando el amor tu negra cabellera
sobre mis hombros trémulos deshace!...

XV

¡Amor! ¡Oh, dulce amor!... Sólo dos cosas
mendiga mi humildad... ¡Dame tan sólo,
para beber la copa de sus labios,
para verme el espejo de sus ojos!

XVI

Mis brazos en tu cuello y tu cabeza
reclinada en mi hombro... ¡Qué me importa
así juntos morir si al deshojarse
mezclarán su perfume nuestras rosas!...

XVII

Me abriste una rendija de tu alma,
y me dijiste: Ve...
Y después te alejaste para siempre.
¡Y nunca ha sido lo que pudo ser!...

XVIII

¿Dónde encontrar un símbolo
del vacío infinito de la Nada?...
—¡Dios!, dijo el pensamiento,
y el corazón me suspiró: —¡Su alma!...

XIX

¡Eres grande y terrible!
—le dije al mar— ¡Y, sin embargo, llevo
toda la inmensidad de tu grandeza
encerrada en la angustia de mi pecho!...

XX

Si te pregunta: ¿Cuándo?...
respóndele: ¡Ahora mismo!...
Acepta el don, que la fortuna nunca
atraviesa dos veces un camino...

XXI

En ti, el Todo y la Nada se armonizan,
cual la forma y el mármol de una estatua...
¡El Todo está en tu cuerpo,
y en tu alma la Nada!...

XXII

Oye todas las voces,
canta todas las músicas...
Pero aquella que nunca hayas oído,
esa será la tuya...

XXIII

Amanece... La tierra, el mar y el cielo,
resplandecen de sol; azul es todo...
¡Y, sin embargo, yo vivo en la noche...
porque vivo en el fondo de tus ojos!...

XXIV

Cuando te pidan..., da... Sé generosa.
La vida se repite...
¡Quién sabe si mañana...
tú tendrás que pedir lo que hoy te piden!...

XXV

No hallarás oro comparable al oro
de esta eterna verdad.
¡No abrigues en tu alma más deseos
que los que puedas realizar!...

XXVI

¡Viajar!... ¡Viajar!... ¡Gozar
para después sufrir!...
¡El placer de llegar
y el dolor de partir!...

XXVII

Tú y yo somos dos buques que se encuentran,
de noche, en alta mar,
¡se miran, se saludan, y se pierden,
para no verse más!...

XXVIII

Recuerdos y esperanzas
son tu único tesoro, peregrino...
¡Esperar lo que nunca poseeremos,
y recordar lo que perdimos!...

XXIX

Tú y yo somos lo mismo
que los cielos y el mar...
¡Amantes que se ven eternamente,
sin poderse besar!

XXX

La primera pareja dió el ejemplo...
¡Siempre, la carne humana,
perderá el Paraíso
antes que la manzana!...

XXXI

¡Para las otras, perlas de la fuente,
pavos reales, pieles de pantera,
y retóricas galas!...
¡Para ti, solamente
una estrofa que fuera
como un beso con alas!...

XXXII

¡Oh, sepulcro de carne, cubierto
de azucenas y lirios en flor!...
¡La hermosura, por fuera, y, por dentro,
gusaneras en el corazón!...

XXXIII

¡Levanta el velo a todas
las doncellas que encuentres
a tu paso, hasta hallar la que lleva
un lucero de plata en la frente!...

XXXIV

Contemplando las nubes me dijiste:
—¡Son vírgenes que van
a llenar de amargura sus ánforas
en las aguas azules del mar!...

XXXV

¡Para ver una estrella dormida
en el claro zafir del estanque
cuchicheantes viejecitos,
se inclinan, temblando, los árboles!...

XXXVI

—Rosa, yo te perdono...
—¿Por mis espinas?... ¡No; por la fragancia
de Abril con que dejaste
las plumas de mi Otoño perfumadas!...

XXXVII

¡Olas que vienen,
olas que van;
nubes que cruzan, buques que se alejan,
lo mismo en nuestras vidas que en el mar!...

XXXVIII

Te quitaste los guantes lentamente
y apareció tu mano fina y blanca...
¡Y yo pensé en la gloria de tu cuerpo
al desgarrar tu túnica de gasa!...

XXXIX

¡Siempre que miro la fontana seca,
en la mustia maraña del jardín,
recordando que somos y que fuimos,
lloro por ti y por mí!...

XL

¡Oh, tus manos tan blancas y tan pálidas!
¡Tus pupilas tan hondas y tan negras!
¡Mi recuerdo es un negro zopilote,
que sólo vive de las cosas muertas!...

XLI

Ya me muero de sed... ¡Agua, Dios mío!...
—suspiró la cisterna...
¡Y el cielo le arrojó, como limosna,
un puñado de estrellas!...

XLII

¡Palmeras perdidas en la gran llanura,
aunque no nos vemos,
mis frutos son tuyos y los tuyos míos,
que Amor nos fecunda a través del viento!...

XLIII

El que siembra recoge...
¡Mas casi siempre llega,
en la sombra, el ladrón, que sin trabajo
acapara en sus trojes la cosecha!...

XLIV

Mi alma es una pirámide
perdida en la llanura solitaria...
¡Sepulcro milenario en que se pudren
los más nobles ensueños de mi raza!...

XLV

¡Piadosa, piadosa,
igual que la hiedra,
que se enrosca, se enrosca, a los árboles,
y a la par los adorna y los seca!

XLVI

—¿Dónde voy? ¿Dónde vengo? --le pregunta
a una hoja seca el viento...
—Si no lo sabes tú que me arrebatas,
yo que me entrego a ti, ¿cómo saberlo?...

XLVII

Muerta su nidada,
el nido por tierra...
¡Y el ruiseñor llora, llora, llora...
y las gentes dicen que su canto alegre!

XLVIII

¡Un ópalo fulgura
en los marfiles de tus manos pálidas,
como un amanecer de Primavera
entrevisto en el iris de una lágrima!...

XLIX

Lo inútil, lo superfluo, la hojarasca,
es lo que al aire entrego...
¡Los frutos de mi Otoño; las tristezas,
ésas son para mí: se quedan dentro!

L

¡Para ceñir los lirios de tu cuello
y ornar la noche oscura de tus trenzas
en el profundo mar de mis saudades
se cuajarán mis lágrimas en perlas!...

LI

Salones en penumbra, donde sólo
sombras borrosas de recuerdos pasan,
a esfumarse en los frágiles tapices...
¡Así son los salones de mi alma!...

LII

Un buque que se aleja, un pañuelo
que se agita en la playa...
Nubes y gaviotas... ¡Después, sólo
el azul de los cielos y las aguas!...

LIII

¡Yo soy una palmera que se desgrena al viento
en medio de las secas soledades humanas,
capaz de prestar sombra y brindar alimento,
a todas las sedientas y errantes caravanas!

LIV

¡A pesar de tu orgullo
y de tanta social hipocresía,
una sola mirada me hizo tuyo,
y una sola sonrisa te hizo mía!...

LV

Las olas suavemente
mecen la embarcación...
¡Noche de azul plata
para un sueño de amor!...
En la hamaca del puente,
duerme tranquila...
En tu frente la Luna,
de plata brilla;
la brisa tus cabellos,
de sombra alisa,
y las estrellas sueñan
en tus pupilas...
¡En tu hamaca de seda,
duerme, mi amor,
que las olas te arrullan
y velo yo!...

LVI

Mar azul... Cielo azul... Calladamente
se desliza la nave...
¡Un átomo de luz que se disipa
en la pupila enorme del Dios Padre!...

LVII

Cielo y mar, lo infinito;
mi amor y el tuyo, lo imposible.
¡Y las olas murmuran: Nunca, nunca
los mares y los cielos han de unirse!...

LVIII

¡Las olas se encabritan
cual caballitos sabios,
que a la fusta de Dios, sobre la pista,
acompanan los ritmos de su paso!...

LIX

Las olas crecen, y, palpitantes,
contra otras olas van a chocar.
¡El amor pasa por nuestras vidas...
como las olas sobre la mar!

LX

El albatros su dicha cifra en la muerte...
¡Mi vida es como un albatros,
que cruza aleteando las tempestades,
para pescar sirenas en los naufragios!...

LXI

A los amores muertos, otros amores,
y a nuevos desengaños más desengaños...
¡Mi corazón se alegra como los niños,
destrozando juguetes entre sus manos!...

LXII

¡Jamás inquietas
el por qué de tus penas, pobre alma mía!...
¡Las aves no preguntan por qué sollozan
ni las brisas inquietan por qué suspiran!...

LXIII

Calles tiradas a cordel... Viviendas,
vulgares y uniformes,
y existencias mecánicas,
que marchan a compás como relojes...

LXIV

Plaza de asfixia, donde amodorradas
sudan vejez áridas viviendas,
y la alta torre gris en cuya cima
dormita de fatiga una cigüeña...

LXV

¡Sol de asfixia, modorra, congestiones,
y en la sombra raquítica del patio,
una fuente de chorro tan mezquino
que no puede saciar la sed de un pájaro!

LXVI

En la modorra tropical del bosque,
aromas de café la choza humea...
¡Y en el umbral, lasciva, nos sonríe
la unánime blancura de una negra!...

LXVII

¡Tremula un zopilote en el espacio,
y, bajo los dormidos ahuehuetes,
se arrastra en el silencio de la selva
el sordo cascabel de una serpiente!...

LXVIII

¡Llueve un vapor de horno,
y entre un humo de asfixia, de la verde
floración del pantano se levanta,
roja su fauce de caimán, la fiebre!...

LXIX

Sala en penumbras... Telas crepusculares...
¡En las vejeces de un sillón de cuero,
cansado de esperarnos, cabecea
la belleza marchita de un recuerdo!...

LXX

Dispara el trueno sus mosquetes...
Todo parece que se incendia,
y en locas fugas de venados
galopa el viento por la selvas!...

LXXI

La azul y viva claridad de un río
espuma entre los verdes cafetales,
¡y el Sol, de oro y de púrpura, rubrica
la tropical pereza del paisaje!...

LXXII

Lo moreno de tu rostro
a mi patria me recuerda...
¡Si España fuera mujer
tendría que ser morena!...

LXXIII

¡Qué lejos estamos, qué lejos!...
El mar, la distancia...
¡Y además de la tierra, el mar y los cielos...,
las almas, las almas, las almas!...

LXXIV

La penumbra transmina
un olor a reseda...
En un iodo suavísimo de seda
nuestra voz se ensordina...
¡Y el "¡Te amo!"..., y el "¡Bien mío!",
y el beso tiene una
transparencia romántica de Luna
y un frescor luminoso de rocío!...

LXXV

Todos los que pudieron
alentarme en mi senda, uno por uno,
fueron cayendo... ¡Soledad, tú eres
mi amor postrero, y mi postrer refugio!...
¡Oh, soledad, sin labios para el beso,
sin ojos para el mundo,
encanto de los éxtasis, sin senío

donde inclinar la frente!... ¡En vano escucho
latir tu corazón igual que un péndulo,
y en vano arrimo a tu piedad procuro!...
¡Tu latido es el tiempo que se escapa,
y tu piedad es ráfaga de humo!...

En cada hora que llega
voy dejando una lágrima.
—No llenará la copa... ¡Las lágrimas de hoy
se evaporan mañana!...

Divino mensajero,
indícame el camino.
—¡Por la ruta que emprendas irás eternamente
buscándote a ti mismo!...

—La vida es una flecha disparada
al azar por un arco misterioso...
¡Ay quien tope con ella en su camino!...
—¡Pero no la maldigas: de igual modo
puede causar la dispersión de un nido
que acabar la tragedia de un leproso!...

—¿Qué es Dios?... ¿No me respondes y te llevas
a los labios el dedo?...
¿No me respondes, alma? ¿No me respondes?
—¡No, porque Dios es eso:

un dedo sobre el labio...,
una eterna pregunta y un eterno silencio!...

Trocados en realidades
todos mis sueños he visto,
y hallo que ninguno vale
el dolor que he padecido.
Encanecí estérilmente
sobre el polvo de los libros,
queriendo saberlo todo...
¡Corazón, corazón mío!,
¿por qué quisiste saber
que la virtud es un vicio,
y los diamantes carbones,
y una quimera tú mismo,
y el amor..., ¡ay, el amor!,
sólo un temblor fugitivo?...

Muchas veces me dije: —¿Mi esfuerzo será vano?
¿Tantas horas de angustia, tanto anhelo divino,
se extinguirán por siempre cual polvo en el camino?...
Y algo que es, que ha sido y que será responde,
un acento ignorado, una voz interior
que brota no sé dónde:
—¡De todo únicamente perdurará el dolor!...

Yo soy un huésped de mi propia alma,
un huésped andrajoso que ha llegado

cubierto por el polvo del camino,
sin alforjas ni báculo,
de las brumosas cimas de la duda
y del páramo estéril del fracaso!...

¿De qué región ignota,
de qué desierto traigo
este dolor de leones y esta fiebre
de antiguas fiestas y orientales fastos?...

¿De qué jardín quimérico,
de qué vergel de ensueños ha quedado,
en la noche infinita de mi alma
y en la frágil belleza de mis manos,
este soplo de eterna primavera
y este aroma de rosa y de nardos?...

¿De qué amor imposible
aun perdura en mis labios
esta frescura y esta miel de besos?...

¿De qué esfera lejana, de qué astro,
como en el fondo azul de una cisterna,
tiembla un fulgor de gloria en los cansados
cristales de estos ojos, que están ciegos
de haber llorado y contemplado tanto?...

Brillante que fulgura
 como un rayo de sol entre mis dedos,
 ¿quién te prestó la claridad que esparces?...
 ¿Quién en tu alma aprisionó los cielos?

Por la divina claridad que viertes
 al contemplarte pienso
 que eres alguna lágrima caída
 de la piedad de aquellos
 grandes ojos cerrados en mis noches
 tan grandes y tan negros
 que al reflejarse en mis cansados lagos
 para siempre mi vida ennegrecieron...

Como un huerfanito ciego, así cruzo por la vida,
 sin regazos y sin manos
 que me den reposo y guía.
 Tuve una madre que era
 como la Virgen María,
 y murió cuando yo apenas
 lo que ser madre sabía.
 Tuve una esposa que era
 toda bondad y sonrisas,
 que con sus manos en rosas
 trocaba hasta mis espinas,
 y también se fué a la fosa
 cuando más falta me hacía.
 Tuve una hermana que era

tan cariñosa y solícita,
 que mis más hondos dolores transformaba en alegrías,
 y también, como a las otras,
 la muerte la segó un día
 tan lejos, que en su sepulcro no he llorado
 de rodillas...

Son tristes mis pensamientos,
 oscuras sombras de presentimientos,
 gaviotas y alciones,
 que desploman sus alas a los vientos
 en la ardua tempestad de mis pasiones.
 Presagios de interiores naufragios,
 ¿qué postrera ilusión,
 qué galeón simbólico
 va a naufragar de nuevo en el caótico
 atardecer marino de mi vida?
 ¡Un remanso de azul, en mar y cielo,
 y en la tierra, la albura de un pañuelo
 que solloza su adiós de despedida!...
 ¿Quién se va?, ¿quién se queda?...
 Pañuelo, ¿a quién despide tu blancura?
 ¡Su luz apaga el Sol, la brisa es pura
 y el azul de la mar se riza en seda!...

Y salí del letargo
 como el que escapa de un naufragio y halla
 en el eterno olvido de la playa

un peligro mayor, y, sin embargo,
respiró el corazón como si fuera
en los yertos arenales
un lecho de claveles y rosales
mullido por la alegre primavera!...

En las calles y en todo,
algazara, bullicio y alegría...
—¡Tristeza, a sollozar te has refugiado
dentro del alma mía!...

Máscaras por doquier, máscaras, máscaras...
—Alma mía, ¿de qué te disfrazaste
que te busco entre tanta mascarada
sin poder encontrarte?...

Jamás vi un Carnaval como el de ahora.
¡Cuánta farsa, Dios mío!
¡Mi dolor disfrazóse de alegría,
y su infamia vistióse de cariño!

Mesalina vistióse de Lucrecia...
y Falstaf disfrazóse de Romeo...
¡Todo es igual: caretas en las almas
y caretas y disfraces en los cuerpos!...

—¿Me conoces?—dijiste,
clavando en mí el enigma de tus ojos,

y yo por vez primera fuí sincero...
Te dije sin dudar: "¡No te conozco!"

—¿Quién soy?—me preguntaste
los ademanes y la voz fingiendo.
—No te conozco sin careta—dije—;
¡si te quitas la careta, menos!...

Entre tantos disfraces, alma mía,
creí reconocerte
en un pierrot borracho que lloraba,
despertando las burlas de las gentes...

Se borraron rondallas y disfraces
en la ceniza astral de las tinieblas.
En el parque tan sólo
tres máscaras quedan:
Arlequín y la frágil Colombina
y Pierrot, que, borracho sobre un banco,
al imposible de la luna muestra
su botella vacía
y la llorosa angustia de su mueca.

Me puse un antifaz sobre mi pena,
y a la calle salí; te vi pasar.
¡Y tú también llevabas, alma mía,
ocultando tu angustia, un antifaz!

Camino rudo y largo, sin final ni principio;
 ateriza la escarcha y la caligie quema...
 ¡En todas las estrofas de este inmortal poema
 la figura del hombre es el único ripio!...

¡De aquel amor que era más grande que la vida,
 infinito y eterno, ya solamente queda,
 en el fondo del cofre, el pañuelo de seda
 donde enjugué las lágrimas de nuestra despedida!

Si te interrogan "¿Cuándo?", responde siempre:
 ["¡Ahora!"]

Acepta el don y gasta, sin miedos, tu tesoro...
 ¡Los ladrones del tiempo te robarán tu oro,
 y dejarán sin flores el rosal de tu aurora!...

Si tu gozo es inútil y es inútil tu pena,
 marca tu alma como con el hierro a una esclava.
 ¡Nosotros somos granos de un gran reloj de arena
 que corre eternamente y que jamás acaba!...

Superfluas son las penas, superfluos los placeres;
 todo le estorba al alma para la gran partida...
 Si lo superfluo obra, dime: ¿para qué quieres
 ceñir de rosa de humos la frente de tu vida?...

Quien prolonga sus horas prolonga su agonía.
 Un siglo o un minuto todo es uno y lo mismo.

La eternidad no puede llenar su propio abismo.
 ¡La tumba de la nada siempre estará vacía!...

Mientras el canto al labio unge con sus dulzuras,
 la carne suda sangre y el alma llora quedo...
 ¡Siempre cantan los niños cuando a solas y a obscuras
 los erizan de espanto los fantasmas del miedo!

¿Un gran amor? Pasada la embriaguez de la orgía,
 más voraz y sediento te sientes, labio mío,
 viendo la copa rota, la botella vacía
 y las rosas de carne deshojadas de hastío...

¡No tienes esperanza, pobre corazón mío!...
 ¡El mal de que agonizas es un mal sin remedio!...
 ¡Siempre el tedio a tu lado cuando se va el hastío,
 y a tu lado el hastío cuando te deja el tedio!...

¡Ni un beso, ni una lágrima!... ¡Nada inédito, nada!
 ¿Para qué te abrí, libro maldito?... ¿Para eso,
 para saber que, nuevo, en tu estéril jornada
 no te queda ni una lágrima ni un beso?...

De una blanca casita hasta los cielos sube
 una nube de humo que en los cielos se pierde,
 proyectando su sombra sobre el ramaje verde...
 ¡Los sueños de mi vida fueron como esa nube!...

Embriagueces de besos y amarguras de llantos,
pecado y penitencias y vicios y virtudes,
todo es como y lo mismo: ¡osarios y ataúdes
con polvos de asesinos y cenizas de santos!...

El ruiñeñor, la fuente, el plenilunio y ella...
La vida era como una primavera radiosa...
Sopló el viento y, trémula, se deshojó la rosa...
¡Y en los campos celestes amaneció una estrella!...

ARS MODERNO

¡Dejad tranquilo a Pegaso
a su capricho pacer
por las celestes praderas!...

¡Ya no hay vino en nuestro vaso
de las vendimias de ayer,
ni domestica a las fieras
el dulce canto de Orfeo,
ni las nereidas espantan
los buitres de Prometeo!...

Las nuevas voces que cantan
ya no ajustan sus sonidos
a las viejas inflexiones
de la lira y de la flauta...
¡Nuevas aves, nuevos nidos,
y también nuevas canciones,
nueva forma y nueva pauta!...

¡Hoy todo es frágil y móvil!
Apolo va en bicicleta,
y Mercurio, en automóvil...

Venus exhibe, coqueta,
su mármol estatuario,
transfundido en carne y hueso,
sobre cualquier escenario,
¡por un peso, por un peso!...

Juno con su virtud juega,
convertida en bailarina
y disfrazada de griega;
¡y hasta su pavo real
se lo comió en gelatina
un martes de Carnaval!...

Minerva viste de china,
y por ganarse el sustento,
hace juegos malabares
con las artes y las ciencias...
Baco se entró en un convento,
y anda por esos lugares
predicando continencias...

Y Vulcano, para ser
consecuente a su manera,
ha tenido por mujer
a una tiple tan ligera,
que cuando baila el canacán,
a su desnudez le sobra
hasta el pámpano de Adán...

El mismo Júpiter cobra
valientemente el barato
en una casa de juego...
Y Cupido el timorato,
rapaz, flechador y ciego,
es conductor de tranvías...
Neptuno dejó el tridente
para entrar de cocinero...
Pamona vende sandías,
y Parsífone, aguardiente...

¡Marte vendió su coraza,
la espada, el casco y la maza
al mariscal Hindenburg;
y para ser consecuente,
hoy se dice que es gerente
de la fábrica de Krupp!...

¡Y hasta la casta Diana,
que es trapera de afición,
con su gancho marcha ufana,
removiendo la basura,
a ver si encuentra a Endimión!
¡Saturno se metió a cura,
y de gran pontifical,
dice la misa primera
en la iglesia parroquial!...

Las ninfas son hoy coristas;
Iris se hizo buñolera;
las Nereidas, masajistas,
solícitas de sus puestos,
y los Sátiros joviales
son cobradores de impuestos,
¡de impuestos municipales!...

PAZ

I

No más conquistadores bajeles de quimera,
desafiando el ímpetu trágico del destino;
más que en las aventuras de una playa extranjera,
dentro de nuestras almas se encuentra el vellocino.

De mi alado Pegaso refrené la carrera,
y hoy, en lugar de estrellas, en el azul divino
pace el fresco y fragante heno de la pradera,
que esmaltan de diamantes las ruedas del molino.

Recordando entre risas las viejas tempestades,
lejos del oceánico rumor de las ciudades,
en la sana y tranquila soledad de mi aldea,

paladearé la vida con la voluptuosa
lentitud con que un gato de Angora paladea
las mieles de un confite perfumado de rosa.

II

Mi juventud ha tiempo que enterraron mis manos,
tal que un padre a su hija, en una obscura fosa,
para que tantas mieles, para que tanta rosa,
fuese maravilloso festín de los gusanos.

Mis ilusiones fueron dispersión de vilanos,
mi galera de rosa bajo la mar reposa,
y se pudren mis cisnes de ensueño en la verdosa
esmeralda palúdica de los viejos pantanos...

Todo cuanto fué mío he dado a manos llenas:
la flor de mis placeres, la espina de mis penas...
¡Y hasta un amor, el último consuelo que tenía,

coronado de abrojos, solo y escarnecido,
murió crucificado, sangrando de agonía
sobre el negro y estéril Calvario del Olvido!

LA DAMA ENLUTADA

(POEMAS EN PROSA)

I

LA VENUS NEGRA

Una ciudad fantástica. Suntuosidades paganas de mármoles y de oro, bajo la serenidad luminosa de un cielo de cobalto.

Templos y pórticos, acrópolis y palacios, que evocan, con la pureza de sus líneas y la armonía de sus contornos, la música melódica de las liras y de las flautas, y la euritmia impecable de los cuerpos ágiles y tensos de las danzarinas clásicas, en las sagradas fiestas de las Panayoneas.

Una mano suave y blanca, enjoyada de rubíes y crisopacios, me conduce, misteriosamente, a un jardín de laureles y de cipreses, a través de un desconcertante laberinto de rosales.

En lo más recóndito del jardín, sobre un pedestal de pórfido, negrea el prestigio acre y perturbador de una estatua de basalto.

La mano enjoyada se desvanece entre las mías, como un perfume, y me encuentro solo ante una Venus negra, maravillosa y manca como la de Milo.

¿Dónde vi esa hermosura mutilada y oscura, como un destino incumplido?...

¿Qué mano me condujo ante su plinto, como una ofrenda votiva o una víctima expiatoria?...

Fué un atardecer suave, florido y rojo, como un remanso de sangre tibia...

Cuando cayó la sombra suspiré estremecido:

—¡La Venus negra!...

Y desde entonces toda mi vida se hizo noche.

II

LA EPIFANÍA DE MAYO

Por mi ventana, abierta a todos los vientos, penetra la perspectiva de un paisaje primaveral, que esparce en el ambiente enrarecido y febril de mi convalecencia tibiezas de miel y frescura de agua corriente.

Las naranjas me brindan sus frutos de oro, morenos y redondos como senos de bayadera, erectos en el frenesí sagrado de una danza, y sus flores, blancas, suaves y fragantes, como carnes de vírgenes empalidecidas por el asombro pudoroso de sus propias desnudeces.

Yo muerdo, clavando los dientes hasta las encías, los frutos maduros, y deshojo, macerándolas entre mis dedos febriles, las flores cándidas, y, saboreando sus mieles y aspirando sus aromas, siento latir profusamente todas mis venas, y comprendo todos los voluptuosos misterios de la Vida y de la Muerte.

Mayo tiene flores y frutos.

¡Respira sus fragancias hasta palidecer, y paladea sus dulzuras hasta embriagarte!...

Mayo es único. La hora que pasa no regresa nunca. El triunfo de la vida está hecho de oportunidades.

III

EL PRÍNCIPE Y LA PASTORA

¿Recuerdas la leyenda de aquel gallardo príncipe que yendo de caza se enamoró de una pastora?...

Por ella abandonó todas las satisfacciones de la vida. Sus padres, sus amigos, sus palacios, sus parques, su corona de pedrería y su cetro de oro; la gracia madrigalesca de sus bufones y la fiereza rapaz de sus halcones y gerifaltes.

Pudo conquistar pueblos, descubrir mundos, erigir monumentos que asombrasen a los siglos, realizar proezas que eternizasen la Historia, y prefirió apacentar rebaños, cuidar del hato y espantar con su honda a los lobos que rondan a media noche los rediles.

Todas sus ambiciones, sus sueños y sus esperanzas, un futuro magnífico de glorias y de triunfos, se disolvió en las mieles fugitivas de un beso...

¿Romanticismos?... ¿Fantasías de poeta?...

No. Leyenda real, de hoy, de ayer, de mañana, de siempre...

Examina la vida, y encontrarás que siempre hubo en ella—en la tuya, en la mía, en la del otro, en la de todos—un príncipe enamorado de una pastora...

IV

LA CLEPSIDRA

En la vieja clepsidra se desangra el Tiempo en un gotear continuo y monótono de diamantes que parecen lágrimas o de lágrimas que semejan diamantes.

Tus manos, combadas en copas de alabastro, las van recogiendo, y los diamantes o las lágrimas brillan un momento, como gotas de rocío, entre los jazmines de tus dedos, y se desvanecen para siempre, como si se burlasen de tu loco empeño de eternizar lo fugitivo.

El placer, la gloria, el amor, la fortuna, la vida misma, son también como gotas de agua entre nuestras manos.

V

LA CIMA

¿Ascender?... ¿Superarse?...

¿Para qué?...

Desde las cumbres de las montañas todo se ve más pequeño.

Cuanto más se sube, más se desvanecen las cosas.

Además, ¿de qué nos sirve escalar las cimas más altas, si siempre llevamos dentro de nosotros abismos insondables?

¿Qué importa erguirse solo, como una estatua inmortal, en el vértice del más alto Himalaya, si dejamos nuestro corazón y nuestra alma, lo más puro y lo más santo de la vida, allá en el fondo del valle, quizá en la humilde cabaña que espeja su paz de idilio en los remansos de un río, o en las nostalgias de unos ojos, o entre las suavidades de unas manos?...

En las alturas el sol no calienta, ni el amor sonríe. Y sin sol y sin amor la vida sólo es hielo y soledad.

¡Y no hay nada más triste que la soledad entre hielos!...

VI

EL ESPEJO ENCANTADO

Una vez encontré un pobre viejo en mi camino...

Yo vagaba meditando con un libro bajo el brazo (¿Schopenhauer?... ¿Leopardi?... ¿Anthero de Quental?...).

El viejo, sentado a la sombra de un álamo, junto a un remanso con claridades de espejo, devoraba, con ingenuidades de niño y voracidades de pájaro hambriento, un racimo de uvas doradas y transparentes como topacios, tan grande, que apenas si podía sostenerlo entre sus manos.

En la serenidad azul del remanso vi el rostro rugoso y barbado, de plata, dilatarse, transfigurarse, en la sana y fresca alegría del vivir...

Y aquel pobre, que apenas si podía sostenerse con la ayuda de su báculo, me pareció niño, uno de esos niños ágiles y fuertes que se encaraman a los árboles en busca de nidos y asaltan los vallados para despojar a las parras de sus racimos primerizos...

VII

LA FLOR DE ORO

Entre las grietas de una tumba, en el rincón más apartado, se abría una flor amarilla, pequeña y redonda, como una monedita de oro.

Había pasado la tarde vagando por aquel reposorio de los muertos, que era por su fastuosidad y por su belleza el orgullo de los vivos.

Cuando llegué a la ciudad me dijo un amigo: "No dejes de visitar el camposanto... ¡Dan ganas de morirse para reposar allí, bajo aquellos cipreses, entre aquellos macizos de rosas, al amparo de aquellos grandes monumentos, donde el cincel ha cantado a la Muerte en las más bellas elegías del mármol y del bronce! ¡No te olvides de visitarle!"

¡Dan ganas de morirse!... Y estas palabras volvían como un ritornelo a mis oídos mientras subía hasta el cementerio, enclavado en lo más alto de la ciudad, dominando uno de los más bellos panoramas que conozco.

Efectivamente, mi amigo no me había exagerado.

El cementerio era un jardín maravilloso, con sus largas avenidas de mármoles, sus templete, sus monumentos funerarios; poblado constantemente de risas de niños, de flores, de trinos de pájaros y de besos de enamorados.

Sólo las cruces de las tumbas y las actitudes de las

estatuas nos recordaban la Muerte, pero vagamente, como una esperanza, como un consuelo...

Era el puerto seguro, el refugio eterno, lo que buscaban los anacoretas en el Desierto y los místicos en sus celdas.

La tarde se desvanecía en las montañas azules, más allá de la delta del río. La ciudad resplandecía en una apoteosis de oro, con llamaradas fugitivas de incendio en los cristales y en las cúpulas de azulejos... Subía un sordo rumor de mar lejano. Yo permanecía detenido ante el encanto misterioso de aquella flor amarilla, que al oro de la tarde se hacía traslúcida, como una mariposa que anhelase desplegar sus alas para volar...

Una campana humilde desgranó el *Angelus* con un tintinar claro y sonoro, como si piadosamente arrojase a la miseria humana la limosna consoladora de aquellas notas de plata...

Sentí una vaga ternura humedecerme los ojos y apretujarme el corazón...

Y cristianamente doblé las rodillas, me incliné hasta el suelo, y puse en el cáliz de oro de aquella flor tan humilde el beso más puro y más santo que han dado mis labios...

VIII

LA GAITA

¿No ha detenido jamás vuestros pasos, en la soledad de la noche o en la penumbra de un atardecer, al volver un camino, al doblar una calleja o al penetrar en una plaza, el son evocador y añorante de una música que parece que despierta un mundo dormido en las profundidades de nuestra alma: una guitarra que solloza, un piano que llora o alguna flauta que suspira?...

Yo recuerdo, como si aun resonase en mis oídos, la dulzura crepuscular, casi arcángelica, de una tarantela que me hizo palidecer de emoción en la soledad florida de jazmines de una vieja plaza de Nápoles.

Me persiguen aún las notas desgarradas y trágicas de un fado, que me hicieron llevar las manos al corazón, como si hubiera recibido una puñalada, en el laberinto amenazador y sombrío de una callejuela de la Morería de Lisboa.

Y aun lloro de angustia al evocar toda la amargura, toda la pasión desesperada, de una granadina que oí, agarrado a los hierros de una reja del Albaicín, una noche de abril calenturienta de amor y fragante a azahar y a claveles.

Pero nada me ha impresionado tanto como el llanto de una gaita en la soledad de un crepúsculo marino.

El Atlántico era todo suavidades de terciopelo, apa-

ciguamientos y dulcedumbres de paloma adormecida: una sinfonía en tono menor, de matices azules, verdes, oro y grana... Ni el estremecimiento femenino de una ola...

En la majestad infinita del horizonte se hundía el Sol, en un arco de fuego inmenso con reverberaciones de iris... Y desde el barco se extendía un camino de oro, centelleante, casi real, como esperando un cortejo fabuloso de emperadores...

La tripulación y los pasajeros desde la proa se extasiaban en la maravilla.

De pronto resuena allá en la cubierta de tercera el desgranarse sonoro de una gaita: una lluvia de lágrimas de cristal y de plata, que parecen caer y rebotar en el hondo silencio marino...

Y todas las pupilas se arrasan de lágrimas, y todas las manos se tienden hacia aquel camino de oro vivo, centelleante, que se perdía en lo infinito, como ansiando lanzarse por él, corriendo en un frenesí de velocidades inauditas, para arribar a las costas de la Patria lejana, allí donde en las romerías y en las danzas populares se confunden las músicas de la gaita con el rumor de las fuentes y los estremecimientos de los pinares agitados por el viento.

IX

LA MEDIA GRANADA DE RUBÍES

I

Cuando nació el príncipe, el hada madrina—porque todos los príncipes tienen por madrinas hadas—le ofreció como presente media granada, tan prodigiosa, que fué el encanto y la admiración de la corte.

La cáscara, del oro más puro, y los granos, de los rubíes más espléndidos de Oriente, engarzados de tal guisa y pulidos con tal arte, que granos y cáscara parecían naturales...

El hada murmuró con voz aterciopelada y cristalina, de agua corriente, mientras depositaba el regalo en un pequeño cofre de sándalo y marfil incrustado de piedras preciosas:

—Cuando el príncipe, mi ahijado, llegue a esa edad en que el corazón palpita con violencia, como aguardando algo, y en la que los ojos y los labios se abren trémulos de ansiedad, en espera de otros labios y otros ojos gemelos, dadle esta media granada, y que recorra el mundo en busca de la otra media que ha de servirle de complemento. Cuando logre poseer la granada completa, será el príncipe más feliz de este mundo, porque tendrá en sus manos el amor perfecto y único.

Y en un suave rayo de Luna que penetraba a través de las altas e historiadas vidrieras de colores, se disolvió el hada, como un perfume o una sombra.

II

Cuando el príncipe llegó a esa edad en que el corazón palpita con violencia, como aguardando algo en la que los ojos y los labios se abren trémulos de ansiedad, en espera de otros ojos gemelos, armóse de punta en blanco, y, acompañado de su fiel escudero, abandonó el castillo, una clara mañana de abril, galopando sobre un soberbio alazán con paramentos y jaeces de damasco y oro...

Escaló montañas abruptas, cubiertas de nieve; cruzó desiertos de llamas, jardines paradisíacos y ciudades populosas, cuyas altas torres almenadas refulgían, resplandecientes de azulejos, en la gloria azul de los cielos.

Vadeó ríos caudalosos y surcó mares de espanto...

Por todas partes llevaba sobre su corazón, como un amuleto, en su pequeño cofre de marfil y sándalo, tachonado de piedras preciosas, la media granada de rubíes y de oro, regalo de su hada madrina.

Pasaron meses, años y lustros, y el príncipe no logró encontrar la otra media granada que había de servirle de complemento, y cuya posesión le haría el hombre más feliz de la Tierra.

III

En las largas jornadas sus provisiones se fueron agotando, y un día encontró sus alforjas vacías y su escarcela ayuna de doblones.

Y para atender a su sustento fué vendiendo uno por uno todos sus joyeles, sus vestidos de tisú, sus mantos de armiño y sus birretes de plumas de cisne...

Al agotarse estos recursos tuvo que malbaratar sus armas y sus arneses: cotas de Milán, corazas de Damasco, espadas de Toledo, dagas de Florencia, y hasta su lanza árabe de Agmat, flexible como un junco y fuerte como el diamante.

Después le tocó el turno a su caballo, un alazán soberbio como un león, ágil como un antílope, que había pacido la hierba fresca de los oasis de la Arabia y reflejado en sus grandes pupilas, oscuras y profundas como cisternas, los encantados espejismos del Desierto. Y desarmado y a pie se encontró una noche, en compañía de su escudero, en mitad de un escampado, mientras la nieve descendía como un sudario sobre la tierra, y entre las sombras fosforecían, amenazadores y crueles, los ojos dilatados de los lobos hambrientos.

IV

Y aquella noche, para poder guarecerse en la choza de unos pastores, tuvo que dejar en poder de éstos el pequeño cofre de sándalo y marfil, tachonado de piedras preciosas, que encerraba el regalo del hada marina.

Días después, por no morir desfallecido de sed en un erial, arrancó, con lágrimas en los ojos, el primer rubí de la media granada, para ofrecérselo a una don-

cella que con el ánfora al hombro regresaba de la fuente.

Trocó el segundo por un puñado de dátiles y un cuenco de leche de camellas a un beduino que al frente de una larga caravana marchaba a la Meca.

El tercero lo dió por librar de la afrenta de los azotes y de la marca infamante del hierro a un venerable anciano que no había podido pagar sus deudas a un avariento judío, por haber perdido todos sus bajeles en un naufragio en las costas de Dalmacia.

Con el cuarto rescató a una noble dama que aprisionaron unos piratas tunecinos, y que, toda deshecha en lágrimas, se estremecía de vergüenza, ocultando con las manos sus desnudeces más íntimas, en el tumulto ensordecedor de un mercado de esclavas en la vieja ciudad de Jaffa.

Y así, su corazón, obligado por la necesidad y sus generosos impulsos, había ido derramando como gotas de su propia sangre, a lo largo de su camino, los rubíes de la maravillosa media granada de oro.

V

El fiel escudero se rindió por fin a las penalidades de tan largo viaje, y una tarde expiró en los brazos del príncipe, en la cima de una montaña, lejos de tierra sagrada.

El príncipe veló el cadáver, sollozando, toda la noche, y a la mañana siguiente dió a unos cuantos leñadores unos rubíes para que transportasen el cadáver de

su fiel servidor a la aldea próxima y le diesen cristiana sepultura, arrebatando sus restos a las rapacidades de los lobos y la voracidad de las aves de rapiña que, al olor de la carne muerta, aullaban por los contornos y se cernían, graznando, en los espacios.

Después de cumplir este deber sagrado, el príncipe, solo y pobre, sin armas y con los vestidos desgarrados y los pies heridos, continuó su peregrinación en busca del castillo embrujado, donde, según le había asegurado un viejo mago, yacía la poseedora de la otra media granada, encantada por un genio malo, enemigo del amor y de la felicidad, y confiada a la custodia de unos enormes gigantes negros y de un dragón de pupilas llameantes y aliento emponzoñado.

VI

Una clara mañana divisó a lo lejos las torres del castillo, resplandecientes de arcos iris, como talladas en fabulosos diamantes. A pesar de encontrarse sin armas, solo y fatigado, no se arredró su ánimo y luchó con los dos gigantes que custodiaban el puente levadizo, y tal era la pujanza de su brazo y la ansiedad de su deseo, que los monstruos de basalto fueron cayendo, uno tras otro, a sus plantas retorciéndose de dolor, estrangulados por sus manos.

Armóse con los despojos de los vencidos, y al llegar el dragón como una tromba, vomitando fuego por los ojos y por las fauces abiertas, le hundió una lanza en el corazón...

Rompióse el encanto: los muros se poblaron de biza-

rreros guerreros, los patios del castillo de gente alborozada, y la princesa, al frente de una larga comitiva de damas y de dueñas y de un fastuoso cortejo de caballeros, de pajes y de bufones, salió, toda resplandeciente de joyas nupciales, a recibirle, al son de músicas maravillosas y cánticos sobrehumanos...

Entre sus manos, de una pureza de lirios de las cumbres, estrechaba sobre su corazón, en un pequeño cofre de sándalo y de marfil tachonado de piedras preciosas, la otra media granada de oro y de rubíes que, al fundirse con la del príncipe, había de darles a los dos la felicidad única de la vida: el amor.

Pero todo fué inútil: al juntar las dos mitades no pudieron confundirse, porque sus ranuras no encajaban, pues había perdido el príncipe muchos de sus granos en las andanzas del camino, y la rapacidad del dragón que encantara a la princesa le había robado a la de ésta algunos trozos, que intentaron buscar inútilmente.

Y aún los dos, separados por distintos caminos, andan todavía queriendo recuperar, a costa de su sangre, los rubíes y los trozos de oro que su generosidad y su desgracia había ido esparciendo por la vida.

Y así seguirán eternamente, buscando siempre y sin encontrarse nunca, llorando una felicidad irremisiblemente perdida.

¿Qué nombres tienen el príncipe y la princesa de esta leyenda?... Ponles los que gustes, ánima curiosa: el mío y el tuyo, el de tu amiga, el de tu hermano, los de todos, porque todos hemos vivido un instante una vida semejante a esa misteriosa y eterna leyenda de la media granada de rubíes.

X

EL CUCO DEL RELOJ

Un viejo reloj de caja alta, de madera fragante, traído, sin duda, en algún viejo galeón de las Indias. Al centro de su esfera asoma su cabeza uno de esos mochuelos que vuelan sobre las cruces del cementerio y dejan caer su fúnebre grito de angustia desde las espesas copas de los cipreses que custodian las tumbas.

Sus ojos de esmalte me miran fijamente, terriblemente, y, a veces, me dan la ilusión de que parpadean, de que van a escaparse de aquella cabeza estúpida y gris, como si estuviesen prisioneros en ella y quisieran romper sus cadenas.

De pronto, el silencio se estremece, el palpar del péndulo se detiene como sobrecogido de espanto, y la cabeza estúpida y gris sale de su esfera, entreabre el pico, cierra los ojos y, pausadamente, deja caer como un aviso de muerte su eterno anodino "¡Cu-cú!... ¡Cu-cú!..."

Y así hasta doce veces, como doce paletadas de tierra sobre una fosa.

Es la media noche, la hora propicia de los trasgos y de los duendes, de las brujas y de las apariciones...

Las dos pupilas de ámbar, redondas y misteriosas, vuelven a abrirse, clavándose en mis ojos como si me quisieran hablar, revelarme un secreto...

¡Cuántas tragedias habrán presenciado, inmóviles, clavados, como prisioneros, en la cabeza gris y estúpida del mochuelo de ese reloj de vieja madera de las Indias!...

¿De quién han sido esas pupilas?...

Tal vez alumbraron, desde la frente de una esfinge, los misterios más espantosos y recónditos del viejo Egipto.

O quizá presenciaron, desde el austero semblante de un inquisidor, con voluptuosidad infinita, los martirios del potro y de la rueda, y la carne joven y virgen, de ámbar y de seda, de alguna judía condenada, por relapsa o por arte de hechicería, a entregar todas sus desnudeces morenas a la voracidad de las llamas, por no haberlas querido entregar antes a la concupiscencia de un libertino.

XI

LA DAMA ENLUTADA

Me vi en la inmensa soledad, bajo las estrellas, sin más guía que mi propio dolor, un viejo, sordo y ciego, que ni siquiera poseía, como los perros hambrientos, el don del olfato:

Hablaba, quejándose siempre, doliéndose de sus achaques, de la gota serena que le hizo perder la vista, de aquella catástrofe tumultuosa que le ensordeció, y de la lepra, el maldito mal de Job, que le corroía el rostro...

A veces, cuando, rendido de fatiga, me detenía en el camino para tomar alientos a la sombra de un árbol, o para apagar mi sed en el brocal de una cisterna, su báculo me amenazaba, y tenía que proseguir de nuevo mi jornada, olvidando el trinar del pájaro y el espejo del agua, unido fatalmente por una cadena de diamantes a mi guía, al viejo sordo y ciego, cubierto por todas las lacras y apestado por todos los males... Aun para dormir tenía que apoyar mi frente en su hombro hediondo y húmedo de yo no sé cuántas podredumbres...

Y así anduve años y lustros, centurias y eternidades...

Un día, una joven enlutada y pálida me detuvo en el camino, compadecida de mi infortunio, y dejó caer en mis oídos, como un bálsamo, estas palabras de consuelo:

—¡Mata al viejo... y búscame!...

Entreabrió su manto, dejándome ver maravillas in-

sospechadas: todos los paraísos del amor; y su mano fina y blanca dejó entre las mías un estilete agudo y afilado como sus dedos, y una sierra tan sutil como sus cabellos, perdiéndose a lo lejos sonriéndome, sonriéndome en una promesa que hizo estremecer hasta la raíz de mis huesos.

Aquella noche apuñalé al viejo, limé mi cadena y, por primera vez, después de tantos años, de tantos siglos, de tantas eternidades quizá, volvieron a sonreír mis labios y a fulgurar mis ojos con las puras alegrías de la vida.

Busqué a la dama enlutada, mi salvación y mi esperanza, y todo fué inútil.

Pregunté por ella, y todos me respondieron:

—Por aquí pasó hace un momento... Llevaba aquel camino.

Pero era en vano. Siempre llegaba tarde... Me precedía, y no podía darle alcance.

Algunas veces, en los días de lluvia, pude distinguir las huellas frescas de sus pisadas... En un mesón llegué a dormir en un lecho cuyas ropas conservaban aún el calor y el perfume de su cuerpo...

En una ocasión contemplé su silueta fina y negra a unos pasos de mí, casi al alcance de mi mano...

Pero se oponía entre nosotros, como barrera infranqueable, un abismo infinito, en cuyo fondo negreaba un río profundo y ensordecedor como la eternidad...

Y al encontrarme solo, solo otra vez, en la inmensa soledad, bajo las estrellas, mi alma me pregunta, curvada en una interrogación de espanto:

—¿Por qué asesinaste tu dolor?

XII

EL ÓPALO

Una vez se me presentó en mi casa ese viejecito bueno y generoso de los cuentos de hadas, que llena, en vísperas de Reyes, los zapatitos de los niños de juguetes y chucherías, que guía a las criaturas extraviadas en los bosques, y hasta suele recomponer y dejar como nuevos los cántaros de barro que las doncellas acostumbran a romper en las fuentes.

Venía a traerme también sus dones.

Un cofre de sándalo, lleno de piedras preciosas: diamantes, rubíes, granates, esmeraldas, amatistas, carbunclos, zafiros, topacios...

—¡Elige una piedra!—me dijo, subrayando la oferta con una sonrisa de bondad comunicativa y reconfortante.

Y yo, que aquel día me sentía modesto, opté, entre tantos tesoros, por un pequeño ópalo que se escondía tímidamente, como avergonzado de su pobreza, entre tantas gemas preciosas, un ópalo lechoso y brillante a la par, de ese color extraño y venenoso del aguardiente aguado, en cuyo fondo a veces se encendían pequeñas llamas trémulas, resplandores escarlata y fosforescencias de fuegos fatuos.

—¡Te traerá la desgracia! —tartamudeó el anciano—. Es de mal agüero esa piedra. La Naturaleza castiga con ella...

Y yo, con un gesto de desafío a no sé qué amenazas vagas y peligros lejanos que en aquel momento me parecía tener presentes, tendí la mano a la piedra fatal, y la hice mía.

Le dí las gracias al buen viejecito, que, pálido y pensativo, se alejó para siempre, y me quedé un instante contemplando la gema. Una idea diabólica desarrugó mi entrecejo, pues todas las ideas diabólicas tienen esta maravillosa virtud...

Mandé a un joyero que la engarzara en oro, ceñida de diamantes, y al día siguiente se la envié, como regalo nupcial, a mi amada, a una amada que tenía en sus ojos y en su alma esas opacidades venenosas, consteladas de llamas vivas, que encierran en su maleficio los ópalos y las escamas de ciertos reptiles ponzoñosos.

XIII

LA CATEDRAL DE REIMS

Un amigo mío, socialista empedernido, y como tal, sentimentalmente humanitario, deploraba con voz compungida, hace pocos días, lo que él llamaba la barbarie de la guerra.

—¡Tantas ciudades destruídas, tantas fábricas arrasadas, tantos hombres muertos, tantas viudas y tantos huérfanos!

Y su voz se entristecía en un lloriqueo monótono y cristalino, de flauta en el crepúsculo.

Yo sonreía interiormente, pensando en aquella noche de París de que hablaba Napoleón.

Una noche cálida y fecunda del Mundo, y la Humanidad se repondría de tantas pérdidas; un paréntesis de paz de varios años, y a los campos tornarían nuevamente los esclavos a labrar y a sembrar sus tierras, sin saber por qué ni para quién, como hoy matan y mueren en la inconsciencia de las batallas; volverán a alzarse más potentes y más populosas las ciudades destruídas, y otra vez empañará el azul del cielo el humo de esas fábricas que motivaron la guerra actual, y que guardan en sus libros de caja los gérmenes de las guerras futuras.

Pero lo que nunca volverá a ser es esa maravillosa catedral de Reims que las necesidades estratégicas han mutilado... Y para mí, cualquiera de aquellas vidrieras góticas, insubstituíbles y únicas, porque la fe que

las inspiró no puede resucitarse, vale más, mucho más, que todos los millones de beligerantes que han muerto, mueren y morirán en esta guerra, en las otras guerras y en todas las guerras futuras...

XIV

LOS COLORES DE LA FELICIDAD

¿El color de la Felicidad?...

Unos la pintan rosa, como un amanecer de mayo, como las carnaciones de las mujeres de Rubens, y de las vírgenes del Correggio, y los semblantes mofletudos de los angelotes de Murillo. Otros, más espirituales, de un azul litúrgico, como los cielos del estío, los mantos de las Concepciones y las eternas pupilas misericordiosas del Dios Padre. Algunos, más prácticos, la suponen amarilla, como las espigas que dan el pan cotidiano, y el oro que posee la virtud milagrosa de abrimos hasta las puertas del cielo.

Para los infelices y los desesperados es negra, como el paño de la mortaja y la vacuidad de la Nada.

Las bestias, o los que se parecen a ellas, la creen verde, como el pasto donde se revuelcan y como el tono pornográfico de esas novelas que los estudiantes devorarán a hurtadillas y los viejos apuran, como estimulantes afrodisíacos, en las pausas asmáticas de un beso...

Yo, sin embargo, me atrevo a opinar que es bicolor pudiéndose formar con las franjas de sus dos colores una bandera única, que cobijara bajo sus pliegues bólicos a la mayor parte de la Humanidad... Los colores exactos de la felicidad son el blanco y el lila, los dos símbolos del candor y de la imbecilidad, de los optimistas y de los tontos; porque un tonto optimista es, para mí, la personificación de la felicidad completa...

FIN

INDICE

Págs.

ESMALTES Y MINIATURAS.

Limosnitas de oro.....	7
El Santo Labrador.....	8
En los parques provincianos.....	9
Paz aldeana.....	10
Las flores de Mayo.....	11
Nubes de primavera.....	12
Mañana de Mayo.....	13
El alma loca.....	14
El huésped ingrato.....	15
Plenilunio marino.....	16
Santa Cecilia.....	17
La casita encantada.....	18
La tristeza del camino.....	19
Cromo	20
Acuarela romántica.....	21
La dama amarilla.....	22
Lirio votivo.....	23
Palomita blanca.....	24
Para ti.....	25

CANCIONES DE LA ADOLESCENCIA.

I	29
II	30

LAS PRIMERAS ESFINGES.

Interrogaciones	33
Círculos en sombra.....	34

	<u>Págs.</u>
Eternidad	35
El éxodo.....	36
En la caverna.....	37
Limosnas	37
Las tres esperanzas.....	38
MEDALLONES LÍRICOS.	
Dolores Bolio.....	41
Francisca Ruvira de Ojeda.....	42
Aurelio Velázquez.....	43
Filiberto Burgos.....	44
Luis Romero.....	45
Antonio Mediz Bolio.....	46
Gustavo Solano.....	47
Ignacio Medellín.....	48
A Waldemaro G. Cantón.....	49
ORIENTAL	53
MÁRMOL.	
Escultura	61
El Justo.....	62
Pórtico	63
Oriente	64
PARA LOS HUMILDES.	
I	67
II	67
III	68
IV	69
V	69
PARÉNTESIS SENTIMENTALES.	
A Alfonso Toro.....	73
I	73
II	74
III	75

	<u>Págs.</u>
IV	76
V	77
VI	78
VII	79
VIII	80
IX	81
X	82
XI	83
XII	84
XIII	85
XIV	86
XV	87
XVI	88
XVII	89
XVIII	90
XIX	91
LA CASA ENCANTADA.	
I	95
II	95
III	96
IV	97
LA RUTA OSCURA.	
I	101
II	102
III	103
EL ESPEJO MARAVILLOSO.	
I	107
II	108
III	109
OTOÑO ESTÉRIL.	
I	113
II	113

	Págs.
III	114
IV	114
V	115
VI	115
VII	116
VIII	116
IX	117
X	117
XI	118
CASTILLOS DE ENSUEÑO.	
I	121
II	122
LOS POEMAS DE LA TRIVIALIDAD.	
I	125
II	125
III	126
IV	127
V	127
LA GRUTA AZUL.	
Estalactitas	131
Ponzoñas	132
Lecturas	133
La Esfinge.....	134
El vaso.....	135
Tardíamente	136
Cofre de Sándalo.....	137
Bizantinismos	138
Tedjo	139
Camino perdidos.....	140
Danzas	141
La tejedora.....	142
Paraísos artificiales.....	143

	Págs.
Pastorela	144
Las horas.....	145
BREVIARIO ESPIRITUAL.	
I	149
II	150
OTOÑADAS.	
Lluvia de otoño.....	153
Cetrería	154
Plenitud	156
El arquero.....	158
Tabaco	159
El reloj.....	160
Manos piadosas.....	161
Beatus ille.....	162
Pacificación	163
Vino añejo.....	164
Invierno	165
Dulcinea	166
Reposo	167
El último soneto.....	168
Cofre de sándalo.....	169
Hielos	170
Oración	171
Los viajes.....	172
Crisoles	173
La galera vieja.....	174
Camino perdidos.....	175
Castillo romántico.....	176
Fuente amarga.....	177
Hojarasca	178
Lluvias	179
Crepúsculo urbano.....	180
El café.....	181
Despedidas	182

Alma en pena.....	183
La novicia.....	184
Los cuervos.....	185
La venda rota.....	186

EL LIBRO DE LAS PENUMBRAS.

I	189
II	189
III	189
IV	190
V	190
VI	190
VII	190
VIII	191
IX	191
X	191
XI	191
XII	192
XIII	192
XIV	192
XV	193
XVI	193
XVII	193
XVIII	193
XIX	194
XX	194
XXI	194
XXII	194
XXIII	195
XXIV	195
XXV	195
XXVI	195
XXVII	196
XXVIII	196
XXIX	196
XXX	196

XXXI	197
XXXII	197
XXXIII	197
XXXIV	198
XXXV	198
XXXVI	198
XXXVII	198
XXXVIII	199
XXXIX	199
XL	199
XLI	199
XLII	200
XLIII	200
XLIV	200
XLV	200
XLVI	201
XLVII	201
XLVIII	201
XLIX	201
L	202
LI	202
LII	202
LIII	202
LIV	203
LV	203
LVI	204
LVII	204
LVIII	204
LIX	204
LX	205
LXI	205
LXII	205
LXIII	205
LXIV	206
LXV	206
LXVI	206

	Págs.
LXVII	206
LXVIII	206
LXIX	207
LXX	207
LXXI	207
LXXII	207
LXXIII	208
LXXIV	208
LXXV	208
ARS MODERNO.....	221
PAZ.	
I	227
II	228
LA DAMA ENLUTADA (<i>Poemas en prosa</i>).	
La Venus negra.....	231
La Epifanía de Mayo.....	233
El príncipe y la pastora.....	234
La Clepsidra.....	235
La cima.....	236
El espejo encantado.....	237
La flor de oro.....	238
La gaita.....	240
La media granada de rubíes.....	242
El cuco del reloj.....	248
La dama enlutada.....	250
El ópalo.....	252
La catedral de Reims.....	254
Los colores de la felicidad.....	256

Biblioteca de
RUSSELL P. SEBOLD